

Y

3316

Ej. 2

1906

FUNDACION ANTIOQUEÑA PARA LOS ESTUDIOS SOCIALES  
ENFANTES  
UNIDAD DE INFORMACION "LUIS OSPINA VASQUEZ"

# El Corazón

## Daliente.

Conferencias traducidas del francés, por  
la señorita D<sup>a</sup>

UNIVERSIDAD  
EAFIT

EMILIA PEREZ

Sala de Patrimonio Documental

A beneficio de la Asociación del  
S. C. de Jesús.

JORGE RESTREPO CALLE  
BIBLIOTECA

1906

LIBRERIA Y ALMACEN  
DE MUSICA

RUBEN VELLILA PIEDRAHITA  
MEDELLIN

TIP. POPULAR

ENTRE EL PARQUE BENICIO

Director, ENRIQUE CASBON

SERVICIO TELEFONICO

**UNIVERSIDAD**  
**EAFIT**<sup>®</sup>

Biblioteca  
Sala de Patrimonio Documental

LENFANT

# El Corazón Valiente.

Conferencias traducidas del francés, por  
la señorita D<sup>a</sup>

EMILIA PÉREZ

Sala de Patrimonio Documental  
A beneficio de la Asociación del  
S. C. de Jesús.

1906.

MEDELLIN

TIP. POPULAR

Director, ENRIQUE CASTRO

JORGE RESTREPO URIBE  
BIBLIOTECA


UNIVERSIDAD  
**EAFIT**

FUNDACION ANTIOQUEÑA PARA LOS ESTUDIOS SOCIALES  
F A E C

Biblioteca

Unidad de Informaciones - ROSINA VASQUEZ  
Sección de Patrimonio Documental

3316  
1906  
E/2



## CENSURA ECLESIASTICA

De orden del Illmo. y Rmo. Señor Arzobispo Dr. D. Manuel José Cayzedo, he examinado diligentemente las cinco conferencias traducidas de la Colección del R. P. Lenfant, misionero diocesano de París; y no he hallado en ellas nada que sea contrario á la fé ni á la moral cristiana.

En todo tiempo son importantísimas estas conferencias, pero en la época que alcanzamos crecen sobremodera su mérito y utilidad.

Medellín, Octubre 28 de 1906,

**Manuel José Atehortúa, Pbro.**

*Gobierno Eclesiástico.—Medellín, Octubre 29 de 1906.*

Vista la censura anterior, pueden imprimirse las conferencias.

† **Manuel José, Arzobispo.**

EMMANUEL JOSEPH CAYZEDO,  
Archiepiscop. Metellinensis



# PRIMERA CONFERENCIA

Llamamiento á las almas desalentadas

UNIVERSIDAD  
Señoras:  
**EAFIT**

Biblioteca  
Sala de Patrimonio Documental

Sonaba la hora más triste de nuestra historia: Francia, no era ya Francia; el mismo Carlos VII, su joven rey, desesperado, no pensaba, digamos, sino en refugiarse en tierra extranjera para desflorar, en una vida de placeres, los últimos lises de Francia; cuando de repente una voz resonó: "Nada se ha perdido! Adelante! Todo será vuestro!"

Y esta voz, presto triunfante, no era, nó, la de un famoso guerrero, ni de un poderoso monarca, ni de todo un pueblo en pie: era la de una mujer, de una joven, casi la de una niña; me equivoco, era la de Cristo mismo, que llamaba los ecrazones franceses al valor, sirviéndose, para probar que hablaba en persona,



# PRIMERA CONFERENCIA

Llamamiento á las almas desalentadas

UNIVERSIDAD  
Señoras:  
**EAFIT**

Biblioteca  
Sala de Patrimonio Documental

Sonaba la hora más triste de nuestra historia: Francia, no era ya Francia; el mismo Carlos VII, su joven rey, desesperado, no pensaba, digamos, sino en refugiarse en tierra extranjera para desflorar, en una vida de placeres, los últimos lises de Francia; cuando de repente una voz resonó: "Nada se ha perdido! Adelante! Todo será vuestro!"

Y esta voz, presto triunfante, no era, nó, la de un famoso guerrero, ni de un poderoso monarca, ni de todo un pueblo en pie: era la de una mujer, de una joven, casi la de una niña; me equivoco, era la de Cristo mismo, que llamaba los corazones franceses al valor, sirviéndose, para probar que hablaba en persona,

de una humilde hija del campo: de Juana de Arco.

En estos momentos también Él—"el Rey de Francia," decía Juana de Arco, "el Rey inmortal de los siglos," como canta la Iglesia; el Rey de vuestras almas, digo yo, puesto que tanto le amáis—es el Señor Jesús, quien os hace este llamamiento: "Valor y confianza! Adelante! Todo es vuestro!"

En estos momentos sombríos en los cuales la desesperación es el lote de tantas almas, cuando los poderes de la tierra se conjuran en un asalto terrible contra el derecho, la religión, la salvación de nuestra Francia y la paz de la sociedad entera; cuando el suelo tiembla bajo nuestros pies; cuando nadie está seguro del día siguiente, y cuando se teme, á pesar de las protestas de los mismos que han desencadenado la tempestad, que Dios no defenderá la Fé, al precio de lo más caro que tenemos en el mundo; en esta hora, Señoras, no sería demasiado todo un Retiro para hablaros del valor cristiano, para recordaros cómo prende esa llama viva y cómo se alimenta en las almas... para deciros, sobre todo, cómo se fortifica él y crece y se arraiga cada día, oscuro, silencioso, en el cumplimiento de vuestros deberes interiores, sin necesitar de un sangriento campo de batalla para llegar al heroísmo.

En esta primera instrucción, preguntémonos desde luego á quiénes se dirige el llamamiento divino. ¿No será á vosotras también? No sois á veces cobardes?

Tratemos de darnos cuenta en seguida de lo que Dios nos pide . . . .

Qué es el valor cristiano? Recordemos, además, por qué causas tiernas y vibrantes lo reclama imperiosamente en la hora actual, de almas privilegiadas como las vuestras, Señoras.

—Cosa extraña!, el valor es una virtud humana; todo el mundo lo admira; podríamos decir que es, sobre todo, una virtud francesa: está en nuestra sangre y constituye el rasgo saliente de nuestra raza; aun la mujer, á pesar de su constitución delicada, la mujer, cuando ha nacido en nuestro suelo, llega fácilmente á heroína. Brotan las lágrimas, lágrimas de admiración, á los nombres de las Clotildes, Genevevas, Juanas de Arco.

Y sin embargo, si nos elevamos al orden sobrenatural, todo cambia: el valor es el que falta.

Si miráis á vuestro rededor exclamáis con angustia: “La Fé se va; yá no hay amor de Dios. La lepra de la indiferencia religiosa se esparce por doquiera.” Id hasta el fondo, Señoras, no es la Fé ni es el amor de Dios lo que desaparece, estas virtudes están siempre en el alma humana: es el valor para sacar de ellas las consecuencias prácticas.

“No hay cristianos, se decía antes, sólo hay bautizados.”

Interrogaos, Señoras, y ved en la sinceridad de vuestra conciencia, si lleváis dentro de vosotras algo más que el carácter indeleble del bautismo; si acaso tenéis un átomo de la

virtud distintiva de la Iglesia militante: valor indomable.

Veo ¡ay! almas como soldados que se arrastran en la nieve bajo un cielo sombrío, sin querer dar un paso adelante.

Hay tres clases de almas cobardes ó desalentadas: las primeras, más numerosas de lo que os podéis suponer, tienen miedo de simples fantasmas; viven aterradas ¿de qué? De enemigos imaginarios.

Almas sin resorte, que dicen: “No puedo” sin saber por qué.—Orad.—No puedo.—Haced un esfuerzo.—No puedo.—Un Padrenuestro, un Avemaría.—No puedo. De rodillas simplemente decid: Dios mío, tened piedad de mí! —No puedo. Por qué?—Misterio!

Hay almas supersticiosas: creen en pesadillas; se dejan angustiar por un presentimiento; algunos dicen que no podrán salvarse, ni salvar á los demás; inútil ensayar, el Cielo no es para ellas.

Nuestro Señor Jesucristo no murió por todas las almas? Por qué exceptuáis la vuestra? Misterio aún.

Cuántas sacrifican su porvenir, comprometen su eternidad por semejantes debilidades de espíritu, que harían reír; pero que hacen llorar por las ruinas que producen!.....

Hay almas soñadoras: viven atormentadas de un vago anhelo de algo muy grande, muy hermoso, algo irrealizable en este mundo. Se pierden en las nubes, se fatigan, lloran, buscan consuelos, y hélas ahí llenas de cobardía, porque—dicen—no llegarán nunca! De

una señal de su origen divino, de una prueba viva de sus destinos inmortales, se forjan una causa de turbación, una excusa para su flojedad. . . . quizás un pretexto para exponerse á todos los peligros.

Y el alma de ideas negras: vive convencida de que no puede ser simpática á nadie; parecele que todos la aborrecen; una observación que se le hace por su interés, por su bien, la menor falta de atención, un olvido, es en seguida á sus ojos una persecución que comienza ó quizá que continúa; Dios mismo la ha maldecido. . . . la prueba es que la deja sufrir. Como si Él no hubiera permitido la muerte de Jesús mismo; sobre un patíbulo!

Una alma más, perdida para los buenos combates del Señor! Si es demasiado pesado soportarse á sí misma, ¿cómo pensar en los demás?

Y el alma á quien roe una incurable melancolía! Y el alma admirablemente pura agobiada de escrúpulos horribles! Y el alma cien veces perdonada que persiste en recuerdos que la espantan! Y el alma maravillosamente dotada para el bien, que tilda de loco orgullo la necesidad de defender la verdad, de obrar, de mostrarse en público, si fuere preciso, por amor de Dios.

Qué de auxiliares, qué de preciosas reclusas, con las cuales contabais ¡oh divino Jefe de ejército! desertarán á la hora de las grandes batallas!

Segunda categoría de almas cobardes: las que sucumben ante las dificultades reales, pe-

UNIVERSIDAD  
EXAFIT  
Biblioteca  
Sala de Patrimonio Documental

ro ordinarias, bajo la carga más común y que una alma vulgar, quizá sin creencias, lleva con alegría.

Tenéis ocupaciones. Quién no las tiene? Contrariedades en el gobierno de vuestro interior. Qué ama de casa está exenta de ellas? A vuestro lado un carácter fuerte, agrio, tiránico. Sólo vos tenéis esa pena?

Aún más: os quejáis de indisposiciones de salud, de discordias sembradas en vuestras familias, de aburrimiento, de peticiones sin respuesta, de tentaciones que os agobian, de maledicencias de las cuales sois víctimas, de la vejez que llega, de la enfermedad... pero, por favor, mirad á vuestro lado: ¿no sois, acaso, una existencia favorecida, entre tantas otras que se hunden en espantosas desdichas? Y esas ocupaciones, y esos casos imprevistos, y esos caracteres agrios que os irritan, ¿están estas pruebas ordinarias, propias de todos, las que os impiden que conservéis vuestro espíritu libre y vuestro corazón valiente para sostener los combates de Dios?

Puesto que todo mundo sufre como vos estas mismas miserias, si todos permanecieran en la inacción, como vos, en dónde estarían los soldados de Dios? Ya no tendría ejército, el que se llama Señor de los Ejércitos!

Por último, Señoras, un tercer grupo de almas abatidas; ante éstas yo me inclinaria con respeto, si el desaliento no fuese siempre un mal: las almas que sucumben ante los grandes dolores. Unas, ruina completa, inesperada, cuando la fortuna las había colmado

de caricias; largas y crueles enfermedades, traiciones odiosas en cambio de abnegación incansable; duelos íntimos por los seres más amados, duelos repetidos, que caen sobre el corazón como el hacha del leñador sobre la encina, que troncha hasta sus raíces....

Otras hanorado muchos años, con lágrimas en los ojos y gritos del alma; no han sido oídas. Pedían la conversión de un padre ó de una madre....éstos han muerto sin sacramentos! La perseverancia de un hijo tiernamente amado....y él se ha vuelto impío. Su propia defensa contra fuerzas superiores que las hacían temblar....y han sucumbido!

Otras exclaman que han cometido gravísimas faltas, tienen horror de sí mismas y dicen que Dios no puede perdonarlas. Cómo salir de los malos hábitos? Están sumidas en el fondo del abismo.

Veo, Señoras, almas grandes también desalentadas. Por qué? Por sus faltas?—No las han cometido! Por sus desgracias?—Dios se las ha evitado. Ah! Ojalá Dios las hubiese herido directamente, dicen estas almas generosas. Entonces ¿por qué su abatimiento?

—Porque el mal triunfa y como estas almas quisieran verlo derrotado al punto, aplastado irreparablemente; al ver sus victorias sobre los buenos “¡oh dolor! dónde está Dios? —dicen—El nos abandona, nos desampara; yá no queda nada qué hacer!”

Ah!, oigo también los gritos, de los que no creen, de los que no esperan, de los que no aman y que, por lo tanto, sufren atrozmente.

No son éstas las quejas del dolor: son gritos de desesperación que estallan como los bramidos del torrente blanco de espuma; y estos gritos me conmueven, me turban, detienen el reproche en mis labios. . . . Oh penas de todas clases ¿por qué no sois, como las del Divino Agonizante de Gethsemaní, resignadas, generosas? A vosotras, así sufridas, os tocaría como á las suyas, salvar el mundo!

Escuchad todas, cualesquiera que seáis, ya tengáis dolores reales ó imaginarios, el Salvador os repite: "Adelante! suena la hora de las grandes energías. Fortificad vuestras manos y alentad los corazones, que todo será vuestro."

Qué será, pues, el valor cristiano?

No es el privilegio de la impecabilidad. "Los santos han mostrado al mundo el tipo acabado del valor, decía Mgr. d'Hulst desde la cátedra de Notre-Dame, pero al lado de la perseverancia que no cae, está la que vuelve á levantarse. . . ."

"En nuestras caídas Dios ve lo que El mismo inspira: una voluntad débil ó enferma, pero orientada hacia Él.

"Semejante á la aguja imanada, esta voluntad, combatida por el huracán se desvía; pero el hechizo del soberano Bien la atrae y apenas pasa la tempestad, en Él reposa."

Menos aún es el valor cristiano dón de la insensibilidad. Será virtud permanecer impassible, como los estoicos, ante un afecto que nos reclama, ó ante la efusión del sufrimiento? No será esto falta de corazón, ú orgullo

hipócrita? El valor cristiano es dulce y humilde; tiene carne que se estremece, corazón que vibra profundamente, y lágrimas que corren . . . . Como Jesús él dice: "Tengo miedo, sufro. Dios mío, Dios mío! porque me habéis desamparado!"

Hé ahí su encanto, su belleza arrebatadora; es sincero: es el alma humana marchita, aniquilada, pero victoriosa.

El valor cristiano . . . . fijáos bien . . . . no es, nó, la presunción que se ríe del peligro y desconoce su propia debilidad. Al contrario: tiembla al mirarse y dice con San Pablo: "Nada soy, nada tengo, pero todo lo puedo en Aquel que me conforta."

Entonces qué es? La audacia de un temperamento fuerte? El arribo del soldado en el campo de batalla? La fortaleza de un padre, de una madre que se consumen en el trabajo y las preocupaciones del deber cotidiano para educar á sus hijos? Es más aún: la virtud de una alma regenerada que no retrocede ante ningún obstáculo para establecer en sí y á su alrededor el reino de Dios; es la fuerza de una alma sostenida por el Espíritu de Dios, que no teme aceptar ó emprender por su gloria lo que hay de más difícil en el mundo, aun el martirio; es este grito: "Estoy en la tierra para servir al Señor y para poseerle eternamente; quién podrá impedírmelo? Qué importan los obstáculos! Qué el número de mis enemigos!, los venceré. Dios está conmigo."

Sí, este es el valor cristiano: es sincero y

no dice "quisiera", "ensayaré," sino que dice: "Quiero."

Es activo; no mira hacia atrás en busca de pesares ó recuerdos peligrosos; no alimenta ensueños de heroísmo, ni tiene éxtasis de santidad ilusoria que huyen con la perspectiva del porvenir; en el acto mismo esgrime la espada, siempre en pie. "Atrás ligeras impaciencias, lejanos pensamientos de orgullo, vagos deseos del mal, animosidades nacientes! En los detalles de la vida cotidiana, me preparáis vosotros á las grandes luchas."

Se engrandece con las dificultades, al contrario del alma presuntuosa, que cae al primer combate; unos pocos enemigos á la vanguardia bastan para dejarla en derrota. Veréis al alma animada del valor cristiano, esta alma humildísima que se ocultaba en la oscuridad de los deberes modestos ¿alma de joven piadosa? ¿alma de madre valiente? es lo mismo: igual cuidado, igual exactitud, fervor igual. Para la joven llega de repente la hora en la cual su porvenir se hace pedazos.... la madre pierde un hijo, dos, tres,.... todos duermen casi juntos en una misma tumba.... Ellas lloran ¿cómo no? pero no murmuran! su corazón permanece heroico en su confianza en Dios.

Ved ese aldeano tranquilo del sur de Africa: cultiva apaciblemente su campo; no piensa sino en la dicha de tener un techo, una familia, una patria y su Dios. De repente sueña un grito: "¡El enemigo llega y quiere robarte tu libertad!" Con igual energía toma

sus armas, se bate meses y meses, y hasta años: es un héroe.

¿ Y ese Sacerdote oscuro, aquí mismo en París, calle de Sèvres, en la casa-madre de los Lazaristas, que pone toda su alma en decir bien su misa, en recitar su breviario y en sonreír, en su dulce vida austera? Enviado á China por sus superiores, es aprisionado, encerrado en una jaula de hierro, con una argolla al cuello y grillos en los pies, se le arrastra de suplicio en suplicio, hasta que le cortan la cabeza. . . . Ah! no temáis, Señoras, el R. P. Perboyre vencerá á sus verdugos, qué digo! los convertirá con su eterna dulce sonrisa hasta en presencia de la muerte. . .

Ese, ése es el valor cristiano: camina por este valle de lágrimas en medio de los detalles más humildes de los deberes comunes, á un mismo paso firme y regular, durante cuarenta, cincuenta años, y se eleva con la misma facilidad, cuando Dios lo manda, hasta la cima del heroísmo más sublime.

“Dios no ha permitido que nada en el mundo sea más fuerte que un solo hombre que dice: “Creo,” y sobre todo, “Quiero!”

“Quiero!” decidlo, Señoras, decidlo siempre . . . en presencia del bien para cumplirlo; en presencia del mal para evitarlo. . . decidlo sin miedo, decidlo con energía, decidlo sin reserva.

Sed todas corazones valientes.

Os lo pido en nombre de tres causas sagradas: de vuestro honor, de vuestro honor de cristianas, de hijas de Dios, de hijas de la Iglesia, de almas mil veces privilegiadas. Este

honor, estas dignidades, estos privilegios vosotros los amáis, os gloriáis santamente de ellos. ¿Sería, pues, posible que os dejarais aventajar en valor y en intrepidez por los hijos de las tinieblas? Sería posible que una mujer del pueblo gastase más energía para ganar su pan que vosotras para ganar vuestro Cielo?

Sería cierto que un simple soldado pudiese más valor en defensa de su bandera que vosotras en guardar intacta y victoriosa la Cruz del Salvador Jesús? Los pueblos mercantiles sacrificarían la flor de sus hijos para añadir nuevas conquistas á sus posesiones yá inmensas; ¿y las almas nobles retrocederían ante algunos esfuerzos para acrecentar en sí, y en otros, el reino de Dios, es decir del amor inmenso y de la felicidad universal?

No, Señoras! los hijos de la Luz y de la caridad no tendrán menos valor que los hijos de las tinieblas y de los intereses temporales.

Me atrevo á repetiros á todas estas palabras escritas para vosotras: "El lado pequeño de vuestra vida sería permanecer en lo que sois: irresolutas, inquietas, á merced de esos ensueños terribles y dulces que pasan por vuestra imaginación y por vuestro corazón para seducirlos y turbarlos. El lado grande, noble, será salir de vosotras mismas y seguir el llamamiento de Dios: "Adelante!, todo es vuestro!"

Segunda causa: por vuestra salvación. "La tierra prometida no se abre sino á los valientes y á los victoriosos, decía la misma

voz elocuente, los tibios, los indolentes, los cobardes no tienen más esperanza que comer en Egipto sus cebollas perfumadas.”

San Pablo decía que todo cristiano es un atleta en la arena que no alcanzará la corona si no ha combatido con bríos.

El divino Maestro es más enérgico aún: “No basta ser bueno para ganar el Cielo, es preciso ser valeroso; más aún es preciso ser heroico; aún más, en ciertas horas hay que tener el arrojo del soldado que gana la trinchera. Sólo el valor indomable arrebató el Cielo”

Dios mío!, me pregunto con espanto, ¿dónde están mis energías, mi valor, mis resoluciones intrépidas, mi perseverancia? Todo se me va en buenos deseos.

Y hay tantas almas que salvar!, toda una sociedad en ruinas!...

Hay horas en las cuales la cobardía es una traición.

Decir en la paz: “Amo mi reposo tranquilo nada ni nadie de él me arrancaría,” es cosa común y casi natural; pero decirlo á la hora de las grandes luchas; decirlo cuando los intereses más caros, los afectos más profundos están en peligro, decirlo en el campo de batalla; huír ó permanecer impasible cuando uno podría ayudar á sus hermanos á ganar la victoria, ¿qué es? No es mucho más que una falta de valor? no es un crimen!

Sea que lo queramos ó no, estamos en una de esas horas luctuosas. La lucha es por Dios; es á las almas que más le aman á quienes se ataca con más furor; se ataca con ellas á mi-

Hares de pobres, de huérfanos, de niños del pueblo que no conocerán jamás á su Salvador. Es la Fe lo que se quiere arrancar del corazón mismo de Francia; yá no se oculta este deseo, se grita á voz en cuello; antes era en la tribuna francesa, hoy á la faz del mundo.

Y es en este campo de batalla tan asolador para las almas, donde permanecemos sin oraciones, sin sacrificios, sin nada de lo que puede salvarlas! Habrá almas, iniciadas en todas las ternuras y en todos los dolores del Corazón de Jesús, que se consuman en hábitos frívolos, mezquinos, culpables! Nó! nó! no estamos yá en los tiempos en que millares de cristianos podían ser degollados en el anfiteatro, sin conmover siquiera la piedad de los espectadores.

Quién no recuerda, con estremecimientos de vergüenza, ese cuadro que será siempre el oprobio de la humanidad? En la arena ensangrentada los gladiadores sostienen bajo sus rodillas víctimas inocentes: mujeres, niños. La punta de de sus espadas se apoya contra la garganta desnuda de los mártires, pronta á hundirse allí; los gladiadores vuelven la cabeza hacia el lado de las patricias . . . . levanten ellas dos dedos y la espada se detendrá, los mártires quedan salvos! Pero las jóvenes romanas conversan y ríen unas con otras; sus dedos rosa, juegan con los adornos de sus trajes . . . . ni uno solo de esos dedos se levanta en protesta muda . . . . los cristianos son degollados . . . .

Ah! vuestro corazón estalla, señoras!  
Y nosotros, hijos de Dios, dejaríamos perecer

¿a nuestros hermanos!, á ellos también se les arranca hoy, bajo nuestros ojos, no la vida que pasa: ¡la vida eterna! Y no haríamos, para salvarlos dos signos que la justicia de Dios espera: oración y sacrificios!

Es un hecho, Dios mío, todos lo comprendemos: en esta hora es necesario tener—cueste lo que costare—alma magnánima y valiente.

Gracias, mi Dios!, en otra época de la historia yo hubiera podido decaer, quizá hasta la frivolidad; hubiera podido envilecerme hasta el egoísmo, yo, hija de la eterna caridad.

Pero delante de millones de almas amenazadas; delante de vuestra Iglesia á quien se persigue; al espectáculo de vuestra gloria, de vuestro nombre, ¡oh Cristo adorado! que es hoy irrisión y que se quiere borrar de la tierra, os lo prometo: lucharé, os defenderé, tendré el valor que demandáis: “Adelante!”, es vuestro grito, y será también el mío. No pido otra recompensa que oiros decir cuando comparezca ante vuestra presencia: “Hija mía, tú has sido valerosa!, estoy contento de tí.”

**UNIVERSIDAD**  
**EAFIT**<sup>®</sup>

**Biblioteca**  
Sala de Patrimonio Documental



## SEGUNDA CONFERENCIA

El Corazón valiente: Voz del Cielo.

Señoras:

Es hermoso, necesario, urgente tener valor; pero ¿cómo obtenerlo? De qué modo arraigarlo en vuestra alma como un hábito, como una fuerza siempre pronta, como un ímpetu irresistible en presencia del peligro? Cómo lo obtuvieron los santos, los mártires, los héroes de la penitencia, de la virginidad, de tantas virtudes sublimes en estos veinte siglos?

Entremos con alegría en estas profundidades; busquemos las inspiraciones secretas del alma valerosa: la primera, la más íntima, la más potente, es la fe, verdadera voz del Cielo que repite constantemente en lo más profundo de nuestro sér: "Adelante!, valor y confianza."

Las grandes ideas hacen los grandes corazones; como ningunas igualan á las que nuestro inmortal *Credo* sugiere, podemos de-

cir con razón: la fe engendra en las almas el valor cristiano.

Si mi verbo fuera convincente os probaría cómo la fé llegará á ser para vosotras, Señoras, esa voz del Cielo que domina la tempestad y, en medio de sus rugidos, os hace fuertes.

Será cierto?, la fé dará valor?, cómo?

—De tres maneras: primero porque ella es una luz, pura, viva, la única que puede iluminar vuestro destino. Beneficio inmenso que os es difícil apreciar, señoras, porque gozáis de él desde vuestra infancia; pero suponed por un momento que vosotras no supiérais para qué estáis en el mundo; cuáles serían vuestras angustias y vuestra irremediable impotencia!

¿Cómo andar en tinieblas? Cómo, si el camino no está trazado, si hay que avanzar por entre los precipicios y derrumbaderos de la montaña? Cómo, si para colmo de males, ignoráis el objeto y el fin de vuestro viaje? No hay más que sentaros fatigadas, desalentadas, mientras llega la muerte ó la voz amiga que os salvará....

Así han sucumbido, en la flaqueza y la inacción, las más brillantes inteligencias del último siglo; ellas dejaron la tierra gimiendo:

“Qué es la vida, y qué venimos á hacer aquí?”

*Qu' est ce donc que la vie, et qu' y venons-nous faire?*

ó exclamando como Goethe en su agonía: “Luz! más luz!, dadme la luz!”

Si tenéis fe viva, señoras, sabréis por qué

sufrir; por qué sacrificaros por la dicha de otros; por qué resistir á las tentaciones y renovar, cada día, vuestros esfuerzos hacia una perfección más alta; por qué inmolaros, si fuere preciso, en una oblación suprema, conocida únicamente de Dios.

Qué fuerza da esta luz!

La fé es la única fuente de valor que no se seca nunca.

Vosotras habéis creído, quizás, en la fuerza de una salud exuberante; en vuestra necesidad inabarcable de vivir y de hacer á los demás felices.... ¡ilusión!; lo que creíais valor era una disposición puramente física, el privilegio de un temperamento fuerte; ahora cuando la edad avanza, vuestra fortaleza se desvanece con el vigor y os encontráis inermes á la hora del mayor peligro.

Tú, alma de imaginación y de sensibilidad, tú has creído en el placer, en la belleza, en los afectos, en promesas brillantes y ruidosas; una palabra, una mirada talvez, bastaban para darte alas mágicas.... y hoy?.... Veinte años han pasado!.... el placer no te ha dejado sino los remordimientos de una vida inútil y vulgar. Los encantos que te fascinaban han desaparecido; las lágrimas de las cosas han reemplazado en tu alma los encantos que la transportaban; ahora dices: "yá no creo en nada"! Evidentemente, has creído en la flor efímera; no te quedan en la mano sino pétalos yá marchitos....

Y, tú, alma más sensata y perspicaz, que has preparado con prudencia el porvenir; que has recogido las migajas de toda clase de felici-

dad, huyendo cautelosa de todo sufrimiento . . . . cómo! la desgracia se ha burlado de todos tus cálculos. Creías en las dichas del hogar: la muerte te lo enluta!, en la palabra dada, y cien veces indignamente la has visto pisoteada! en el honor! y él no era sino un sepulcro blanqueado! en el sentimiento del deber. . . . y un día un relámpago revelador te ha dejado ver el fondo de una conciencia que llamabas honrada. . . . qué horror! Abatida, traicionada, sin afectos, sola y sin familia yá, en un hogar triste exclamas: "Estoy estragada, yá no creo en nada!" Lo comprendo, habías creído en lo que engaña.

Y vosotras creíais que amabais á Cristo; su *Credo* estaba en vuestros labios; combatíais por Él; en su nombre ibais al pobre, al huérfano, á la viuda; ibais á Dios; pero en el fondo, creíais, sobre todo en vosotras mismas. Terminais vuestros gustos, vuestra personalidad; y cuando éstos estaban en pugna con las ideas, las preferencias y la persona adorable del Salvador, era á vosotras mismas á quienes dabais la razón. Nunca os negabais por completo para daros totalmente á Él, nunca decíais: "Silencio á mis ideas! paz á mi corazón!, muerte á mi egoísmo!, paso á las ideas, á los afectos, á la vida de mi Cristo y Salvador."

Y ahora, al sentiros con el alma vacía exclamáis: "Tengo frío!, sufro!, nada me consuela!" Ya lo creo: habéis creído en vosotras mismas, es decir en el vacío, en la nada.

El horizonte se ensancha. . . . Delante de vosotras hay una sociedad que cuenta con

progreso material y con sus magníficas aspiraciones. Oh sociedad moderna! qué te falta para ser feliz, grande y fuerte? Has tenido más allá de lo que soñabas: la ciencia y sus increíbles descubrimientos, la libertad que ha llegado hasta la licencia, el bienestar, treinta años de paz, todos los placeres reunidos en soberbias exposiciones; caminas ahora con la frente alta, bajo un cielo sin nubes, victoreada, aclamada por una multitud entusiasta. Pero... por qué te turbas y vacilas como aquellos á quienes la desgracia ha herido? Nunca la potencia material ha estado más desarrollada y nunca la fuerza moral de los pueblos ha estado más extinguida: los caracteres desaparecen, las almas se rebajan, los suicidios, los crímenes se multiplican, las masas profundas de trabajadores se agitan con gritos formidables de protesta y de rebelión.

“Oh ciencias tan exaltadas, habéis hecho bancarrota!”, exclaman los pensadores.

“Qué nos queda de todo un siglo de agitación febril?”, gimen los poetas,

“sino un poco de orgullo, entrevisto en sueños, y esa dicha abrumada que llora encada uno.”

“*Sinon un peu d'orgueil, entrevu dans un rêve, Et ce bonheur lassé qui pleure au fond de nous?*”

Pensadores míopes! no habéis acaso comprendido que el hombre es ante todo, un espíritu inmortal? Lo que se necesita para reanimar su valor no es un poco de materia brillantemente transformada; no es la ciencia de unas cuantas combinaciones químicas: es una palabra viva, inmortal como él; es el Verbo, co-

mo Dios se apellida desde la eternidad; es una voz que no muera y que después de haber resonado en las horas difíciles de la juventud para contener sus pasiones, en las de la edad madura para defenderla contra las ambiciones terrestres, se eleve, más imperiosa que nunca, en las desilusiones de la vejez, para guardar el alma firme y radiante como si ella saludase ya, en estos últimos resplandores de un sol efímero, la aurora de la eternidad!

Y es la segunda superioridad de vuestra fe: tiene inspiraciones para la vida entera; no traiciona nunca; no abandona; está siempre con vosotros, sobre todo á la hora en que sufrís más.

Y, tercera fuerza, ella hace entrever las compensaciones más excelentes. Analizad por ejemplo, no una existencia privilegiada, no todo un siglo envanecido con su inteligencia y con su riqueza; sino el alma más sencilla, más humilde, una alma de niña del pueblo—si queréis—dadle fe viva: su valor triunfará de todo.

Ella es sensible al placer, crée haber en trevisto su magia seductora, una noche en el torbellino de la fiesta, á través de las ventanas iluminadas.... su corazón ha dado un vuelco: otras son felices y ella lo es tan poco! Pero una voz dice á su alma: "Qué son todos estos goces engañosos? Un ensueño! que pasen los años y los verás desvanecidos. Entre tanto tú estarás en el Cielo, y allí te em-

briagarás para siempre en la fuente de la verdadera felicidad!"

Héla yá fortalecida.

Esta misma alma es quizás más sensible al afecto; querría ella darse, adherirse, sacrificarse siempre. Ay!, mira á su alrededor, y no halla en su triste ambiente sino almas sin fe, además es tan pobre!.... se quedará sola.

Más de una vez ha sentido lágrimas en los ojos y como un pesar en el corazón cuando dos ternuras unidas la lastimaban con su dicha. Y entonces la misma voz clama: "Pobres afectos de la tierra, cuán presto os romperéis!" En tanto que yo oiré á millones de elegidos, á los Angeles, á la Santísima Virgen, á Dios mismo, á Dios especialmente, que me repite: "Te amo! Y me será permitido responderle en un éxtasis infinito: "Yo también os amo y os amaré por toda la eternidad!" Qué alma no se serena á este pensamiento?

Veámosla ahora en un pobre lecho de hospital: conoció apenas á su padre, nunca á su madre. Está en la flor de la juventud y yá ha tenido que alimentar y educar á sus hermanos y hermanas. Contenta se decía: "Mi valor, mis veinte años, mi Dios, ésto me basta!" Pero no contaba, la pobrecita, con el terrible mal que acomete á tantos pechos jóvenes y anémicos, y cuyos estragos precipitó ella, inconsciente, con tantas vigiliass y privaciones.... no más ilusión!.... tiene veinte años y va á morir, á esa edad cuando

*L' air est si parfumé! la lumière est si pure,  
Aux regards d' un mourant le soleil est si beau!*

[El aire es tan perfumado, la luz es tan pura y el sol es tan hermoso á los ojos de los agonizantes!

Y sus hermanos, sus hermanas ¿qué será de ellos? Quién luchará para hacerles creyentes, generosos, verdaderas almas de elegidos, que era lo que ella ambicionaba?

No temáis, señoras, esta alma no desfallecerá. Tiene la mirada límpida fija en el Cielo, y de allí baja la misma voz dulce y confortante, como la que oía Juana de Arco en su hoguera. Ella muere, pero Dios permanece. Desde allá arriba le pedirá, mejor aún que en la tierra, por los que ama; y Él, el Todopoderoso, velará por ellos con más solicitud que la más tierna de las madres. “Párte sin temor, y después de unas horas más, ya no habrá lágrimas, ni luchas ni tentaciones... no más miedo de perder tu Cielo hermoso!, he lo ahí!” “Ah!, ya es tiempo de partir único amor mío!” decía Santa Teresa en los últimos instantes de la agonía.

Lo que oís, señoras, no es el gemido de la muerte: es el canto del triunfo; es el epitalamio de la novia que ha oído la voz del Esposo: “*Ecoe! Ecce!* — “Voy! Señor.”

Todo lo venció la fé de una alma joven: pobreza, enfermedad, seducciones, muerte... santas pruebas!

Y vosotras, cristianas débiles, sabedlo de una vez: si el alma mejor dotada, ¿qué digo? si una sociedad entera sucumbe cobardemente ante los inevitables sufrimientos humanos, pese á su progreso tan mentado, es porque

ella no cree yá en las verdades divinas; no tiene luz; no tiene esperanzas que no engañan; no tiene compensaciones que ofrecer á los vencidos de la vida. . . . Con fe, una alma sola, sin esperanzas, quebrantada por la enfermedad, triunfa de todos los dolores, y victoriosa, hasta en brazos de la muerte, vuela hacia su Dios.

La fe arma el corazón con valor indomable, pero. . . . con qué condiciones? si no las tenéis, señoras, no alcanzaréis la fe verdadera, la fe que da la victoria. Tendréis sólo un simulacro que en el día de la prueba, os traicionará y os dejará sin defensa.

Fe viva y firme, primera condición. La mujer de mundo tiene creencias, pero creencias indecisas, variables, fugitivas, como la moda que las envuelve, como la palabra que la adula, como la sonrisa que la alienta, como la impresión que pasa por su alma.

Si la moda cambia, si la palabra se vuelve mordaz, si la sonrisa degenera en sarcasmo, si el soplo que agita su corazón es malo, entonces: las faltas más graves no serán á sus ojos sino debilidades elegantes; los más terribles castigos de Dios, un fantasma inventado por las edades bárbaras; las recompensas eternas, el coronamiento obligado de las obras de Dios. ¿No está El, Bondad en esencia, obligado á hacerla para siempre feliz?

Tiemblo de que en esta movilidad de vida, su fe naufrague, como esos tesoros confiados á una barca demasiado débil y lige-

ra, que pronto se hundan, devorados por el Océano . . . .

Tened, señoras, fe firme, inquebrantable como el universo, como Jesucristo, como la Iglesia.

Como el universo! quién podrá negar que él existe? Existe y presenta caracteres evidentes de imperfección, luego no se ha hecho solo; existe y ofrece al mismo tiempo, al ojo arrobado, brillantes manifestaciones de orden, de belleza, de vida . . . luego hay alguien que lo ha creado y que lo ilumina cada día con los reflejos de su inteligencia y de su belleza: hay un Dios.

Como Jesucristo!, para probar su divinidad, ha resucitado muertos; se ha resucitado á Sí mismo; ha resucitado al mundo que yacía en el sepulcro de sus vicios, y, como Lázaro, yá putrefacto, le ha comunicado ó insuflado una vitalidad que tiene á vuestros ojos y al cabo de veinte siglos, un maravilloso poder. Hay que negarlo todo, ó confesar: Jesucristo, es Dios.

Como la Iglesia! ella se eleva, incólume, indestructible, más fuerte que nunca, después de cuarenta generaciones, sobre el cimiento establecido por Jesucristo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella."

Hé aquí la triple base de vuestras convicciones, señoras, quién podrá, pues, arrebatároslas.?"

Crees que subirás al Cielo para recibir allí tu recompensa!, decía el prefecto de Ro.

ma, Rústico, al apologista mártir Justino, á quien amenazaba con el último suplicio. “No es que lo creo, es que lo sé y estoy tan íntimamente seguro de ello que no me queda la menor duda.”

Y por qué estás tan segura, alma cristiana? —Porque la Iglesia así me lo enseña.—Y quién te asegura que ella es infalible? —Jesucristo. —Por qué no puede engañarse ni engañarte? —Porque es Dios. —Cómo lo sabes? —Por los milagros que apoyan su palabra. Y qué te prueba la existencia de Dios?—El mundo que no ha podido formarse sin Él.

Cuánto se afirma el alma en estas verdades! No sentís, al oírlas, que se afianza más y más el granito de vuestras almas, señoras?

El Cielo y la tierra pasarán; la palabra de Dios no pasará jamás!

Vuestra fe es firme; pero precisadla, condensadla, por decirlo así, en fórmulas que os iluminen y os dirijan en las horas de lucha y de tinieblas.

Dios creó la luz primero, pero esto no bastó; El la diseminó en haces compactos, radiantes, é hizo las estrellas. Juntad también, vosotras, señoras, en un haz de luz los rayos tan á menudo difundidos de vuestra fé; haced de ellos la máxima reconfortante de toda vuestra vida; escoged lo que corresponde mejor á vuestras aptitudes, á vuestra posición, á vuestras dificultades.

Aún estáis apegadas al mundo y á vosotras mismas? Pensad en la muerte; ella convirtió á Francisco de Borja, decid como él en

presencia del cadáver de la Emperatriz Isabel, arrebatada en pocas horas á la belleza, á la gloria, á todas las grandezas de aquí abajo, y yá en descomposición: "Nó!, no quiero servir á ningún amo que se me pueda morir."

Preferís el pensamiento del Juicio final? El sostuvo á San Jerónimo en sus trabajos. O decid, pensando en las bajezas que se encierran en un solo pecado: "Mas bien la muerte que la mancha!"

Os dominan la ambición ó la frivolidad? decid con San Bernardo ó con Luis Gonzaga: "Y después? De qué me servirá todo esto para la eternidad?"

O encended la centella divina que inflamó para siempre el heroico valor de San Francisco Javier: "De qué sirve al hombre ganar el universo si pierde su alma?"

Agobiadas por ocupaciones, por desdichas, por infortunios, decid: "El tiempo pasa, la eternidad se acerca. El sufrimiento pasa, el mérito queda."

Santa Teresa resumió las máximas que la sostenían, en unas pocas palabras que guardaba en su libro y leía constantemente:

Nada te turbe,  
Nada te espante,  
Todo se pasa.  
Dios no se muda.  
Con la paciencia  
Todo se alcanza.  
Quien á Dios tiene  
Nada le falta,  
Sólo Dios basta!

Vivís inconsolables, señoras, por los due-  
los que han herido vuestro corazón? “En Dios,  
todos viven. Yo soy la resurrección y la vida:  
los que creen en mí no morirán!”

Permaneced, como Marta, á los pies del  
Salvador que os muestra el Cielo, y repetid,  
de rodillas, en medio de vuestros dolores:  
“Creo que sois la Resurrección y la Vida....!  
Unas pocas horas más y hallaré en Vos á los  
que lloro. La vida no es sino un día, al ano-  
chechar nos volveremos á encontrar para no  
separarnos nunca jamás.”

Si habéis caído, adoptad la divisa de las  
almas confiadas: “Dios mío!, he esperado en  
Vos y no seré confundido eternamente. Mien-  
tras respire, esperaré! Cuando me siento más  
débil estoy más fuerte! Todo lo puedo en  
Aquel que me conforta!”

Si sois fervorosas, señoras, guardad en  
vuestras almas los suspiros de los grandes  
que amaron á Dios: “Mi Dios y mi todo”, con  
San Francisco de Asís; “O sufrir ó morir”,  
Santa Teresa; “Aspiro á la muerte para es-  
tar con Cristo. “No conozco sino á Jesús, y á  
Jesús Crucificado.” “No vivo: Cristo vive en  
mí,” San Pablo. “Que Él crezca, que yo dis-  
minuya”, San Juan Bautista. Y con la San-  
tísima Virgen: “Mi alma está transportada de  
gozo en Dios mi Salvador.”

Fe activa es la tercera condición para ga-  
nar el premio.

Cuántos *Credos* duermen en las concien-  
cias cristianas como muertos en la tumba!

Oh! principios cristianos, despertad!, sa-

curad el polvo, mostráos y obrad. Formad nuestros juicios: decid lo que debemos pensar de los diversos hechos de la actualidad; del escándalo que estalla; de la reputación que se ataca; de la moda que se hace señora del mundo; de la falta que el mundo aprecia con indulgencia y que debemos condenar nosotros, obreros del Señor, sin piedad por ella, pero no sin misericordia para quien la comete.

Señoras: vosotras conocéis las formas de las palabras amables, el lenguaje de la amistad, el grito del afecto verdadero, que tengáis también expresiones de vida y de consuelo, eco, sobre vuestros labios hechos de polvo, de la incorruptible verdad.

Oh principios de fe!, sed, sobre todo, la fuente pura que anima, purifica y fecunda nuestra vida cotidiana.

— Dios sólo me acoge á vuestra mirada: Per ventura obro, trabajo, sufro las contradicciones de cada día por amor á Vos, por una alma que es preciso salvar, por mi eternidad que se aproxima, por la Iglesia tan combatida, ó por cualquier gran motivo de alta inspiración cristiana? O el móvil ha sido: el deseo de agradar á los demás ó de agradarme á mí misma, un capricho, las circunstancias, sin tener un solo pensamiento para mi Dios? Alimentad dentro de vosotras mismas, señoras, esta fé firme, precisa, apremiante y os prometo que cuando todo se haya marchitado á vuestro lado, recibiréis el socorro que os dará, definitivamente, la victoria. Para terminar, un rasgo que resuma los dos pensa-

mientos de esta instrucción; sólo la fe hace el corazón valiente, pero con la condición de que sea viva y profunda: se habla mucho, demasiado talvez, en estos momentos, de una novela de los tiempos neronianos en la cual circula, al lado de detalles que hay que saltar, un soplo potente de verdadero cristianismo: es esto lo que la hace de brillantísima actualidad.

Entonces, como hoy, dos fuerzas estaban frente á frente: el poder material en todo el esplendor de su triunfo insolente; y el poder de la idea más alta y más pura, pero también el más desarmado que haya habido nunca. De un lado, el César del mundo; del otro, el pescador de Galilea.

Y la idea ha triunfado de la materia, la debilidad de la fuerza bruta, la caridad del egoísmo, San Pedro de **Sibioteca**

Pero cómo!... Porque la fe de Pedro no vacila; porque él sabe responder á todos esos clamores de dolor que llegan hasta él en aquella noche terrible ¡imagen de tantas otras! de que nos habla el escritor.

“Soy viuda, tenía un hijo que era mi vida... volvédmelo, Señor!

“No tengo sino un hijo, si le prenden, quién le dará el pan y el agua?

“A mi marido le habían perdonado.... Señor, acaban de cogerlo y lo torturan.

“Si entramos, los pretorianos nos van á aprehender. Dónde ocultarnos? Desgraciados de nosotros, quién podrá defendernos?”

Y su voz respondía: “Yo ví al Cristo clavado, muerto en la Cruz.... en seguida lo ví resucitado.... vosotros también triunfaréis!

“Dios mismo se sometió á las torturas y á la muerte, y queréis vosotros, que os defienda? Lo que veis no es la muerte: es la vida. No es el dolor, es la dicha sin fin! Yo te lo juro ¡oh vida!, tu hijo no morirá: nacerá en la gloria, para la vida que no se acaba.... A vosotros los que vais á morir; en nombre de Cristo os digo que pasaréis de la noche que termina á la aurora eterna! Sembráis entre las lágrimas para recoger en la alegría!”

Ah!, no es ésta, señoras, la inspiración de un novelista: es la palabra de Dios mismo, recogida aún palpitante en nuestros Libros inspirados.

“Pedro no era un anciano decrepito, añade el escritor, era un hombre formidable que arrancaba las almas del polvo y del espanto, para lanzarlas á los cielos, muy arriba!”

Era la fé, la fé viva, encarnada en el primero de los apóstoles; era la fé tal como la quería el Divino Salvador para sostener todas las flaquezas y para levantar todos los ánimos. Era la fé, tal como será la vuestra, señoras, capaz de formaros corazones intrépidos!

La fé en una alma es el valor del corazón, y el valor que persevera es el triunfo para la eternidad!



## TERCERA CONFERENCIA

El Corazón Valiente: la grande inspiración.

Señoras:

UNIVERSIDAD DE LA PAZ  
Biblioteca  
Sala de Patrimonio Documental

“Apagad los volcanes en la tierra; encendad las estrellas en el Cielo”, escribía un sacerdote á una alma. Esto es lo que hace el corazón valiente: hé ahí el secreto de su fuerza.

Deja que caigan y se extingan las agitaciones que le atormentan; busca en el firmamento de la fé los principios que dirigen y sostienen.

Entre éstos hay uno que brilla como el sol y que es, en verdad, el eje del mundo moral; el centro de gravitación de las almas; uno que se llama, yá “Ley universal”, yá “único Fin” ora [y así lo llamaba el Divino Maestro] “Lo Único necesario”; uno que os bastaría, señoras, para haceros santas y felices; para ser cada día más ricas en méritos, más prepotentemente inspiradas para las obras fecundas y para la práctica de las grandes virtu-

des; fin que Dios se propone como vosotras, en la tierra y en el Cielo; este Principio es, realmente la regla de todos los seres; la Ley de todos los mundos; la suprema Conclusión en todo tendrá su desenlace y su consumación por toda la eternidad.

Este Principio, esta Ley, este Fin universal es: la Gloria de Dios.

¡ Hé aquí el objeto que debéis perseguir siempre por encima de todos los otros, señoras, si queréis ser almas valerosas !

San Agustín en su magnífico libro "La Ciudad de Dios" desenvuelve este pensamiento, de una profundidad admirable: el mundo se divide en dos bandos; de un lado los que aman á Dios hasta el desprecio de sí mismos, del otro los que se aman á sí mismos hasta el desprecio de Dios.

Uno no puede amarse y amar á Dios á un mismo tiempo; tarde ó temprano estos dos afectos entran en lucha: hay que sacrificar el uno por el otro.

Haced, señoras, vuestra elección una vez por todas, os lo suplico; determináos resueltamente, decid : " Dios ante todo ! Su gloria será mi objeto !, á mis pensamientos, á mis proyectos, á los mil reclamos del mundo, preguntaré : " Sois para Dios ? — Sí. Sed bienvenidos ! — No. Entonces ; atrás ! " Oh ! palabras, trabajo, buenas obras, sufrimientos, agonía, muerte, eternidad mía, todo será para Dios.

Si lo decís sinceramente, señoras, qué fuerzas admirables hallaréis en vosotras y en Dios: en vosotras, porque todas las facultades de vuestra alma serán admirablemente

estimuladas; en Dios, porque El os dará la ayuda de su Espíritu.

Todo lo tendréis para vencer: fuerzas de vuestra alma y fuerzas de Dios.

Las fuerzas de vuestra alma, primeramente. “No puedo más, decís, no tengo gusto, ni deseos, ni oración, ni nada. Todo lo hago por rutina. Siento el cuerpo, pero el alma no.”

Así se lamentaría la hierbecilla de los campos, si pudiese hablar, cuando se ve enterrada bajo la nieve de un invierno rudo....

“He perdido mi fuerza y mi belleza!” Pero, llega el sol de primavera: la nieve se liquida, la escarcha desaparece, la savia circula más potente que nunca.

Dios es el sol del cual el sol es sombra, (*Dieu, c'est le soleil dont le soleil est l'ombre*).

Hasta ahora, señoras, pruebas mal aceptadas, faltas graves, quizá, se extendían entre vosotras y El como una espesa bruma de invierno; vuestra voluntad, embotada, se veía cubierta con una capa de nieve.

“Dios estaba conmigo en el fondo de mis recuerdos de la infancia, escribe un célebre novelista, yo hablaba muy á menudo de Él en mis libros....pero era un Dios lejano, un Dios vago, un Dios de arte, por decirlo así, y cuando me elevaba, á pesar mío, hasta el verdadero Dios de mi madre, había en mí temores encontrados y....me detenía”. Este es el sol de invierno.

En estos momentos, señoras, el Dios de vuestra madre se os aparece; el Dios vivo y personal; el Dios encarnado que arroja á torrentes sobre el mundo las llamas de su amor

infinito. Oh!, es el hermoso sol de la primavera!, él viene á iluminar las diversas facultades de nuestra alma y á reforzar vuestra voluntad con todas sus energías. Cuánto valor tendríais, señoras, si sólo buscáseis á Dios!

Qué sois vosotras?

Seres dotados de *razón*. ¿Y qué quiere esta razón? —El orden, los medios en proporción con el fin. Cómo logrará esto? —Si el fin es siempre más elevado y más perfecto que los medios.

Dios posée la plenitud de todas las perfecciones; es el orden esencial, necesario, luego debe ser el Fin de toda criatura, el Fin vuestro, por consiguiente, señoras. “Todo lo que hay en el mundo es vuestro, decía á los fieles San Pablo. Sí, los astros, la tierra, las plantas, los animales, todo, puesto que todo es menos perfecto que vosotros; pero vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios, porque Dios es infinitamente perfecto.”

Hé ahí el orden!

Servíos, señoras, ¿por qué no?, de las criaturas para elevaros á Dios. Amadlas en El y por El. Amáos también á vosotras mismas, es decir, salvad vuestra alma para glorificarle eternamente.

Voy á mostraros la perfección del orden: la cultura del corazón consiste, según un pensamiento muy hermoso, en ponerlo todo en armonía: Cristo en el trono sin igual; las criaturas, grado por grado, en los peldaños de ese trono invisible, envueltas en los rayos divinos y transfiguradas por el esplendor de la eternidad. Pero, si buscáis á la criatura á despecho

de Dios, sacrificando su gloria y su santísima voluntad veréis el orden trastornado, el desconcierto, el caos, la fealdad moral en su grado superlativo; y . . . ! vuestra razón se indigna y protesta !

“Todo por Dios !”, grita esa misma razón. ¿Qué más sois, señoras? Seres de conciencia. Una voz os dice interiormente lo que es bueno y lo que es malo; os anima si obráis bien, os persigue con remordimientos si obráis mal. . . . qué buen estimulante es la conciencia!

Y qué os dice ella ahora, señoras?—Que el bien por excelencia, el deber supremo es trabajar por la gloria de Dios, sirviéndole de todo corazón. Es un deber de justicia, puesto que todo os viene de Él. Qué tenéis, dice San Pablo, que no lo hayáis recibido de Dios? Todo debe, pues, volver á Él, como el incienso echado en el fuego de la urna de oro, se remonta en nubes perfumadas.

“La naturaleza es el incienso puro, eterno, sublime; yo soy el incensario inteligente y suave.”

Cantaba el poeta

*(La nature est l'encens pur, éternel, sublime  
Moi, je suis l'encensoir intelligent et doux)*

Hay también, señoras, un deber de reconocimiento : todo se os ha dado por amor; todo debe devolverse espontáneamente, por amor, rendírsele en forma de un servicio generoso en la tierra, en forma de alabanzas eternas en el Cielo.

Un deber de obediencia á la Ley más imperiosa promulgada por Dios mismo : “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con

todas tus fuerzas!", es decir, buscarás su gloria por sobre todo.

"El Señor Dios, servido antes que todos", decía Juana de Arco. Es, señoras, el deber supremo, y el grito más vibrante de vuestras conciencias.

Ah!, si lo escucháseis, gustarías de ser desconocidas, contrariadas, perseguidas, negadas; tendríais paz porque oiríais los inefables estímulos de esa voz interior que es la de Dios mismo, y que os diría: "Muy bien!"

Qué otra cosa sois? ¡Seres de nobles instintos.

El hombre es un dios caído que se acuerda del Cielo. [*L homme est un dieu tombé qui se souvient des cieux.*]

Lo pequeño os repugna, señoras; las grandes causas os entusiasman.

Si no obráis sino por vosotras mismas o por las criaturas, sin duda pronto os cansaréis: todo lo de aquí abajo es tan mísero, tan mezquino, tan vil! Pero si os eleváis hasta Dios, todo subirá con vosotras: los bienes de este mundo en la forma del bienestar y de la sonrisa del pobre; el poder y la influencia como defensores de la justicia y la verdad, el dón mismo de agradar y de atraer, pues es en honor de Dios, y no vuestro, como se ejercita ese ascendiente; vuestras relaciones, vuestras simpatías, nada es pequeño, ya que todo es para Dios. Y si caéis, agotadas antes de tiempo, encontraréis valor aún en esa vida, inútil en apariencia, de un pobre enfermo.

"Estoy tan contento, decía el comandante

te Marceau—obligado á guardar cama, después de su brillante apostolado en Oceanía—estoy tan contento de glorificar á Dios bebiendo tisana, encerrado en un cuarto, como si estuviese en mi bajel navegando, viento en popa, para las Misiones.”

Una vez más— Qué sois vosotras ?

—Corazones formados especialmente para la felicidad eterna.

Cosa extraña ! Nosotros que somos humanamente tan efímeros, tan pequeños, querríamos poseer siempre !, gozar siempre !, amar, ser siempre amados ! Siempre ! siempre ! Hé ahí el grito más profundo de vuestro corazón.

Almas inmortales !, en dónde encontraréis, sobre la tierra, lo que os pueda satisfacer ?

Objeto seguro, cierto, objeto sublime, objeto siempre resplandeciente, es la gloria de Dios, fin único que responde á vuestra necesidad de eterna dicha.

“No puedo más, el infinito me atormenta á pesar mío.”

*(Je ne puis, malgré moi, l'infini me tourmente.)*

En dónde encontraréis, señoras, el agua que calma esta sed infinita ?

Jóvenes y mujeres mundanas !, os embriagáis con fiestas, con adulaciones, con afectos . . . . y luego ?

Privilegiadas de la fortuna !, os encerráis en vuestras suntuosas viviendas ; saboreáis allí, en un egoísmo satisfecho, todos los goces que os trae una civilización refinada . . . . y después ?

Inteligencias brillantes!, os complacéis en vuestros triunfos, escucháis con delicia el murmullo de lisonjas que sube hasta vosotras, os embriagáis de incienso.... y después?

Favoritos de la victoria, famosos conquistadores!, contempláis con orgullo veinte naciones á vuestras plantas; os aliáis á los reyes, cambiáis tronos y cetros á vuestro antojo.... y después?

Después? Todo esto no será sino un sueño brillante ó una pesadilla de lágrimas y de sangre, desvanecida para siempre.....

Pero vosotras, señoras, habéis volado por encima de estas codicias miserables; habéis servido á Dios, luego ni un solo esfuerzo se ha perdido; todo lo tendréis en la eternidad: la humilde acción, el pensamiento imperceptible de vuestra vida diaria como el combate más sangriento; la humillación del hecho infructuoso, como las alegrías del triunfo; la lágrima que corre ignorada, en vuestros insomnios, como las desgarradoras lamentaciones de Raquel; todo se cuenta, todo se pesa; todo entra al corazón de Cristo para servir un día á vuestra gloria y á vuestra bienaventuranza.

Habéis buscado á Dios por sobre todo. El os ha dado la paz, el honor, los consuelos más dulces.... y después? Ah! podéis, sin miedo, haceros esta pregunta, angustiada para tantas almas. Sí!, después de la paz de aquí abajo, la infinita bienaventuranza allá Arriba; después de la estimación y del afecto de los que os rodean, la gloria delante de

Dios y de sus Angeles; después de los más gratos consuelos á través de este valle de lágrimas, la alegría del éxtasis en la posesión del Amor infinito. . . .

Quién no tiene valor al pensar en ésto? Quién no sale de su letargo? Quién no se levanta? Quién no se lanza de nuevo hacia su Dios?

La gloria de Dios es el único fin digno de vuestra razón, de vuestra conciencia, de vuestros sublimes instintos, de vuestra necesidad de dicha eterna; es el único fin que con todas estas fuerzas reunidas os sostiene siempre.

Tenía yo razón, señoras: Afianzad en vuestras almas el Principio por excelencia; repetid como Jesucristo: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre!" Repetirlo, no ya como de niñas sobre las rodillas de vuestra madre como niñas inconscientes, sino en la plena posesión de vosotras mismas, sinceramente, de todo corazón. Sed "siervas de Dios, y no esclavas de las circunstancias", como decía S. Atanasio. Y de seguro no tendréis ya penas, ni temores, ni horas oscuras en que desfallece el corazón, y las mejores resoluciones quedan frustradas. Al contrario: vuestra razón, vuestra conciencia, vuestra dignidad, vuestra ansia de felicidad eterna, todo os salvará.

O si habéis tenido, señoras, temores, penas, horas negras, una sola palabra bastará para reconquistaros el valor y la paz: la expresión que repetía uno de nuestros religiosos

mártires en 1871, mientras que, vuelto hacia sus compañeros de cautividad, les mostraba, con una sonrisa, los fusiles cargados que los amenazaban: "Vamos!, es por Dios!"

El pensamiento y el deseo de la gloria de Dios añade á las fuerzas de vuestra alma, ese valor intrépido que no es de este mundo: el Espíritu Santo os comunica las fuerzas de Dios mismo. Hay pocas almas, que experimenten estas maravillas, porque hay muy pocas que busquen únicamente á Dios, y la obra humana corrompe presto las intenciones más puras. Después de haber dicho: "Dios solo"!, cuántos añaden: Con tal que *mis gustos, mis deseos, mis afectos, mi porvenir* no sean sacrificados para siempre."

Tomemos *Bibliotecas*, un corazón recto....  
leamos, pongámonos dentro de ese corazón este grito único: "Dios ante todo!", vais á ver maravillas: una joven funda la Propagación de la Fé;" otra, más humilde aún "Las Hermanitas de los Pobres;" otra, las Auxiliadoras del Purgatorio;" otra, "Las Señoras de la Adoración Reparadora"; otra, "Las Hermanas San José, de Cluny"; no terminaría. Si nos remontásemos más allá del último siglo, veríamos mujeres humildes que convierten naciones enteras: Santa Clotilde, Santa Geneveva, Santa Catalina de Sena, hija de un modesto tintorero, muerta á los treinta y tres años y, en una condición tan oscura, en tan pocos años, ya había escrito volúmenes, removido pueblos, decidido á los Papas de Avignón, á volver á la Ciudad Eterna; y había tra-

bajado, más que nadie, por prevenir el gran eisma de Occidente.

Qué valor no se necesita para acometer semejantes obras, para sostenerlas, para hacerlas triunfar! No es éste, señoras, valor humano: es la fuerza del Espíritu Santo!

Cuando una alma se busca á sí misma, Dios no trabaja con ella, nó. El Creador no sirve á su criatura.... El se aleja....y la abandona á su irremediable impotencia.

Pero cuando vuestras almas son puras, señoras, cuando ellas exclaman: "Venga á nos el tu reino!", entonces El os envía su Espíritu, y su espíritu mora en vosotras. El os impulsa á orar, á trabajar, á multiplicar vuestras obras buenas, á comulgar con fervor.

No hay en mí ardor de la materia—escribía á los Romanos San Ignacio de Antioquia desde el bajel que ~~Salva de Patrimonio:~~ ~~—sólo hay una~~ ~~agua~~ viva que murmura en mi interior: "Vén hacia el Padre!"

Oh Espíritu!, grita á diecinueve siglos de distancia, un ferviente religioso, eres tú quien corre por mis venas." Y luégo: "Una fuerza irresistible me impulsa de un lado y de otro; yo la deajo obrar, y no tengo más objeto que uno: el reino de Cristo."

Lo oís, señoras? *Una fuerza irresistible*, ardiente como la llama de un horno; impetuosa como un viento desencadenado..... surgirá..... se apoderará del niño el día de su bautismo y de su confirmación; hará de él un soldado de Cristo. Surgirá..... y á la hora del desencanto, cuando el alma mil veces re-

bajada, empiece á no creer en la fortuna, ni en la belleza, ni en la gloria..... ni en la virtud siquiera, el Espíritu Santo hará brillar ante sus ojos deslumbrados, una visión de resplandores: "Este es el ideal divino, es Jesucristo, ¡ Amale! "

Irá, este mismo Espíritu de amor, haciendo crecer este afecto sobre todas las ruinas; fortificando su culto sobre todas nuestras flaquezas; se introducirá en todas vuestras desgracias, señoras, para consolarlas; en vuestras oraciones y peticiones para santificarlas; en vuestras esperanzas para afirmarlas; en vuestras debilidades para reconfortarlas; y luégo, cuando ya os haya hecho creyentes, fuertes, generosas..... os dirá: "Adelante! no temáis!"

Tendréis, señoras, la energía de rendir vuestros homenajes á Jesucristo: á su humildad el de vuestro orgullo; á su pureza el de la corrupción humana; á su caridad infinita el del abyecto egoismo.

Nada os espantará, así cubiertas del Espíritu de Dios.

"No podrás ni seducirme con tus halagos, ni amedrentarme con tus amenazas, decía santa Felicitas al representante del César romano; porque yo tengo en mí el Espíritu Santo, que no permitirá sea su sierva vencida por el demonio."

Venceréis el mundo, señoras, venceréis la muerte misma! "El espíritu que resucitó á Cristo de entre los muertos vivirá en vuestros cuerpos mortales", exclama San Pablo. Y

agrega que, gracias al valor que él le comunica, ha podido correr á través del mundo anunciando la doctrina de Cristo.

Oh almas pusilánimes! ¿qué lazo egoísta os detiene cautivas de amor propio? Una costumbre imperfecta ó gravemente mala, quizás? Una confianza ciega en vuestras ideas, en vuestras voluntades, en vuestras pasiones? Por amor de Dios, romped esos lazos! El remedio es buscar á Dios solo. Levantaos y decid: "Ahora quiero trabajar por Dios! voy á despojarme de mí misma y á darme á su Espíritu."

No más satisfacciones personales, señoras!, no más miradas atrás!, los ojos hacia lo alto, fijos en Dios sólo!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Digital Documental  
No quiero vivir, exclama un cristiano de nuestros días, sino para servir á Dios; y no quiero morir sino para encontrarle.

Oíd, señoras, algo más hermoso y conmovedor: el 15 de Agosto de 1534 en una capilla subterránea de la iglesia de Montmartre, siete hombres, ignorados del mundo, están reunidos. Después de haber comulgado juntos, hacen un voto solemne, eterno: no vivir sino para la mayor gloria de Dios. *Ad majorem Dei gloriam* es su brillante divisa. Hoy, esos siete hombres han desaparecido con el polvo de su generación, pero su divisa brilla en todo su esplendor, después de haber hecho riquísimas conquistas en menos de cuatro siglos: en Europa, señoras, hace retroceder al Protestantismo hasta entonces triunfante; transforma á los Canisios, á los Julianos Maunoir, á los Franciscos Regis en grandes

misioneros, uno de Alemania, otro de Bretaña, el tercero del Vivarais; inflama á los Belarminos, á los Suárez, á los Carnelios Alápide — á los Rodríguez y á otros millares de santos Sacerdotes y por medio de ellos desarrolla la enseñanza de la teología, de la espiritualidad, de la sana filosofía, al mismo tiempo que multiplica por el mundo entero, los colegios católicos.

Allá, á lo lejos, en Asia, en América, en Africa, da alas á los Franciscos de Asís, á los Padres Ricci, á los Pedros Claver, y ellos convierten millones de paganos; penetran hasta el palacio imperial de la China y del Japón y se llaman, con alegría de sus corazones, “esclavos de los pobres negros”, besando sus cadenas, cuando no pueden romperlas!

Esta santa Iglesia hará santos por doquiera: jóvenes orgánicos como San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kotska; ardientes por la conversión de las almas como San Francisco Javier, San Francisco de Borja, San Francisco Regis; tiernos y compasivos como San Pedro Claver, San Francisco de Jerónimo; y un día, al fin del siglo XVIII si la Compañía de Jesús debe tener su Calvario, como su Maestro, abandonada y crucificada, ella resucitará, señoras, como El, más viva que nunca, para fortalecer á los débiles y hacer temblar el infierno con el mismo grito vencedor: *“Todo por la mayor gloria de Dios!”*

Decidlo también á vuestro turno, señoras; decidlo cada mañana; decidlo cuando se trate de un gran deber que llenar, de una obra que emprender, de una prueba que so-

portar: "*Dios mío!, es por Vos*". Decidlo en unión con el Corazón Sagrado de Jesús que no palpité sobre la tierra, y no alienta en los esplendores del Cielo sino por el reino de su Padre.

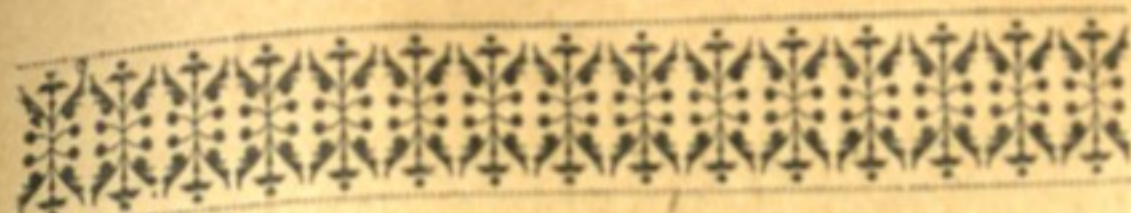
Decidlo siempre; y cuando, siervas dichosas del Rey de los reyes, obreras de su gloria; cuando después de haber cruzado esta tierra únicamente, como sus Angeles, para cumplir su santísima voluntad, remontéis al Cielo, á vuestro turno seréis, señoras, glorificadas.... El os da su palabra: "A cualquiera que me haya glorificado, yo lo glorificaré."

**UNIVERSIDAD**  
**EAFIT**<sup>®</sup>

Biblioteca  
Sala de Patrimonio Documental

**UNIVERSIDAD**  
**EAFIT**<sup>®</sup>

**Biblioteca**  
Sala de Patrimonio Documental



## CUARTA CONFERENCIA

El Corazón valiente: el Huerto cerrado

Señoras :

No creáis que se os ha dicho todo con respecto á las maravillosas inspiraciones que sostienen el valor cristiano: las hay verdaderamente arrebatadoras, pero os las guardo para los últimos combates.

Se trata ahora de ver el corazón valiente, manos á la obra, en las luchas íntimas, en la guerra que el alma humana debe hacerse á sí misma, y que no terminará sino con la prueba terrestre en lo que yo llamaría "sus combates en campo cerrado".

Cada una de nuestras almas es, en verdad un campo de batalla perpetuo: dos voluntades se disputan allí el imperio, la voluntad que obedece á la naturaleza y la voluntad que obedece á la gracia. La una se inclina al pecado, la otra á la pureza perfecta; la primera es humana, carnal, la segunda ávida de lo divino; la naturaleza tiene por objetivo el

reposo en el goce egoísta y estéril, la gracia anhela el sacrificio para el servicio de Dios y del prójimo. Dios mío! qué guerra tan cruel!, exclama el poeta. Y el apóstol San Pablo: "No hago el bien que amo, y hago el mal que odio."

(*"Je ne fais pas le bien que j'aime  
Et je fais le mal que je hais."*)

Purificarse!, transformarse! hacerse útil, hé aquí el triple objeto del corazón valiente en el trabajo de la vida interior.

Voy á deciros, señoras, cuánto valor se necesita en esta lucha.

Admiremos, primero, con qué energía soberbia lucha él contra el mal bajo sus múltiples formas: hábitos gravemente culpables, faltas veniales, tibieza, todo, hasta las imperfecciones más ligeras.

No es muy hermoso verle ya respirar contra sus defectos el mismo odio feroz del Profeta-Rey contra sus enemigos? "Los perseguiré y los alcanzaré, y no me detendré hasta que los haya derrotado. Los agobiaré con mis tiros hasta que no puedan sostenerse; caerán á mis pies. Vos me habéis revestido de fuerza para prenderlos, Señor, y me habéis hecho dominar á cuantos me atacaban; yo los he pisoteado como el viento disipa el polvo; los he pisoteado como el lodo de las calles." El alma mundana acepta compromisos, transacciones, *modus vivendi* con el mal; el alma valiente, nunca!

Es incomparable y maravilloso el arsenal de que dispone nuestra santa religión para luchar contra la corrupción original, y así, in-

tegro, lo pone en manos del alma fiel para que no carezca de arma alguna. Qué vemos, señoras?—La oración bajo todas sus formas; la práctica del examen de conciencia y del examen particular; la meditación frecuente de las grandes verdades; el uso prudente, pero generoso de la penitencia y de la mortificación; la confesión con sus tres fuerzas contra el pecado: acusación, arrepentimiento, gracia sacramental; la Eucaristía, la presencia misma, en nuestras almas, del Dios de los Ejércitos; y por último la costumbre generalizada ya, de esos retiros anuales en los que el alma se recoge, se abisma y se entrega, sin obstáculo, á la acción victoriosa de la gracia.

Qué gritos de admiración no hubieran lanzado un Sócrates, un Platón, uno de esos sabios de la antigüedad, que buscaron incessantemente el progreso moral de la humanidad, si se hubieran encontrado de repente en presencia de una mujer de mundo ó de una joven del pueblo que tuviera en sus manos semejantes medios de perfección y que supiera sacar partido de ellos! Ah! señoras, qué bueno ha sido Dios con nosotros!

Pero, hay que confesarlo, gran número de almas cristianas de nombre, caen vencidas á pesar de tantos recursos, en la lucha contra el mal, por qué? Las armas están listas; pero esas almas no quieren ó no saben utilizarlas.

El corazón valiente ha jurado odio al pecado, y tendrá la victoria, señoras, porque á más de todos estos medios que están á su alcance pondrá él dos cualidades suyas de primer

orden: la unidad y la constancia, condiciones éstas que yo admiro en sumo grado, en sus luchas íntimas. La unidad! En toda batalla hay una posición principal de la cual depende la victoria; esto es lo que todo jefe hábil busca ante todo, y cuando se ha decidido es á ese punto á donde concentra el grueso de su ejército; hay que ganar ese puesto á cualquier precio.

Así, en nuestras luchas íntimas: esa virtud hay que alcanzarla, ó ese defecto hay que combatirlo; son éstas las llaves del campo de batalla.

Cómo reconocerlos? —Por el examen de conciencia. El examen del alma es, pues, señoras, el primero de los ejercicios de piedad, en tanto que él tenga que dirigir á los otros y asignarles el fin que se pretende. Por eso el gran maestro de la vida espiritual, S. Ignacio de Loyola, no permite nunca su omisión. Pero cómo hay que hacerlo?—Con estudio perspicaz, añade un autor de grande experiencia.

En dónde?—En el centro del corazón. Para ver que? —Una sola cosa, el defecto dominante. Y qué es esta disposición dominante?—El sentimiento que hace mover el corazón. . . .

En dónde está mi corazón? Miro dentro y lo veo. Veo si va recto ó nó; y por qué va ó nó recto."

Habéis visto, señoras que no va recto; es orgulloso, sensual, flojo quizá. . . .

Por qué? A causa de tales pensamientos, de tal lectura, de tal persona, de la falta de orden en vuestras ocupaciones. . . quizás de un

defectillo fútil en apariencia: no sois madrugadoras, y eso porque prolongáis sin razón la velada del día anterior.

Desde luego vais directamente á la causa del mal; tomáis santas y firmes resoluciones: esos pensamientos yo los desecharé, esa lectura la interrumpiré, á esa persona la veré lo menos posible; este desorden lo suprimiré; mi tiempo será precioso, no más veladas que me fatigan! Cuántas almas ni aún en Retiro toman resoluciones, ó las dejan en el vacío!

Cuando estas resoluciones están bien precisadas, entonces intervienen los otros ejercicios de piedad como medios para sostenerla. Y cuando éstos se llaman oración, confesión y comunión frecuentes, es decir: "Dios con nosotros" cómo no ganar tarde ó temprano una victoria completa? Con una condición sin embargo, señoras, que á esta unidad añadáis la constancia, virtud tan necesaria para llegar al resultado y, ay!, virtud tan escasa. Apelo á vuestra propia experiencia, señoras: cuántas veces, en un retiro, os habéis trazado un excelente programa de ejercicios de piedad! Y no lo seguís, por qué? pereza, cansancio, ligeras indisposiciones de salud, deberes nuevos. Ha habido que sacrificar la meditación, la confesión y tal vez hasta la santa comunión. Ahora quizá podéis ya volver á continuarlas; pero... es tan fácil la vida así, la naturaleza gusta tanto de no tener que violentarse. Por lo tanto entráis en una etapa de tibieza y de molicie hasta el retiro próximo. Y así van pasando los años: un mes de fervor, once largos meses de vida vulgar,

material, sin transportes ni anhelos de bien, sin méritos... es muy triste, señoras!

Adoptad algunas prácticas de piedad, pequeñas, si queréis, pero sed á ellas fieles; al año siguiente ya seréis más generosas, hasta que al fin un día acabaréis por ser *admirables*. Así hace el corazón intrépido: ha prometido, cumple; no tiene escrúpulos ni rigor farisaico en abandonar un ejercicio de piedad por un deber de su estado ó por una obra de caridad apremiante (ya encontrará él medios de suplir esta falta), repetirá, por ejemplo, hasta en las ocupaciones más profanas, tiernas invocaciones; ó libre yá, volverá con entusiasmo á su rosario, á su meditación, á sus comuniones frecuentes... vencedor al fin, porque habrá perseverado!

El viajero recorre grandes distancias y sube á las montañas más altas, añadiendo un paso á otro: tal el alma valiente se eleva del subterráneo de la miseria humana hasta las más altas cimas de la perfección, uniendo un esfuerzo á otro esfuerzo.

Eso hizo aquel oficial apasionado por los placeres del mundo que llegó á ser un modelo de austeridad, San Ignacio de Loyola. Eso, aquel intelectual admirado y ambicioso en quien el mundo admira, después de luchas heroicas, á San Francisco Javier, el más humilde de los conquistadores. Eso, aquel gentilhomme ardiente y fogoso que mereció ser llamado, después de treinta años de victorias sobre sí mismo, "el más dulce de los obispos", San Francisco de Sales.

Gloria á vuestro valor, almas purificadas!

Arrancar jirón por jirón esa quemante túnica de Nesso que lleva la vieja humanidad en lo más profundo de su sér, es la primera victoria del valor cristiano, victoria, si me atrevo á decirlo, negativa.

Se trata, según la expresión de San Pablo, de revestirse de Cristo, que es la humanidad nueva. Revestirse no es suficiente, hay que compenetrarse con El, hacerle la vida de su vida. “No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”. Mas aún, es preciso ser su imagen, y resplandecer para iluminar el mundo, Señoras.

“Como hemos sido imagen del hombre terreno, debemos, dice San Pablo, ser imagen del hombre celestial, y transformarnos en la imagen del Señor, para comunicar á los otros la claridad que nos inunda.”

Almas generosas, no temáis, desplegad vuestras alas temblorosas, dadles el divino soplo y subid, subid siempre!

Hay que orar como Jesús!, sacrificarse, como Jesús. Ser humilde, dulce y puro como El! Hay que arder en su caridad, resplandecer en su perfección, irradiar su misma paz divina, para gozar un día su bienaventuranza.

Allá no llegaré nunca! decís, Señoras.

—No, ya lo creo; pero hay que tratar de aproximarnos sin cesar; porque éste es el segundo punto de vista de la piedad, su lado positivo.

Gran número de almas se detienen en el primer paso y dicen: “Yá no cometo faltas, creo; qué haré para agradar más á Dios?” —Escoged, Señoras, una de las virtudes de

Nuestro Señor y tratad de imitarla; el campo es inmenso; habrá siempre nuevas gradas que subir.

“Cristo me devora, exclama un gran corazón, me ha aprisionado todo entero.... sin El me extingo”.

Más con El ¡oh almas valientes! con El creceréis siempre.... no á vuestros propios ojos pero.... qué importa? El niño crece bajo las miradas de su madre sin sospechar siquiera que se perfecciona.

Vosotras adelantáis á los ojos de vuestro Dios.

Y si me decís que estáis muy solas para tarea tan divina; que necesitáis consejos, aliento, como los tiene la religiosa en su claustro, pero que vosotras, al contrario, respiráis un ambiente de espíritu, de máximas, de ejemplos contrarios á la vida de Cristo, y que os sentís tentadas á volver atrás como el viajero que teme estar extraviado; yo, en nombre de Dios, os replico: “Por qué no tomáis un guía?”

La religiosa tiene espíritu, tradiciones, una regla que tiene por objeto hacer revivir en ella una de las virtudes del Divino Maestro.

Vosotras, Señoras, tenéis un director.

Qué es un director?—Es el maestro pintor que vigila la ejecución de un cuadro. Ese cuadro es vuestra alma; la obra maestra que se trata de copiar, el Divino Salvador; el discípulo pintor, vosotras, Señoras.

Es necesario al alma valiente tener un director?—Sí, para que la ayude á juzgarse con mejor criterio y á conocer mejor á su Dios; y además para añadir á sus méritos los de la

obediencia y la humildad. Santa Teresa, Santa Chantal, San Vicente de Paúl tuvieron directores hasta el fin de su vida y los obedecían como si fuesen niños.

El alma valiente se vale de esta dirección, discretamente, para reproducir en ella el ideal divino que la fascina.

No toca al director de una alma, Señoras, tomar la iniciativa; él pesa, rectifica, ó aprueba, reprime ó alienta, nada más. A vosotras os toca comunicar vuestras ideas, vuestras resoluciones, vuestros deseos; á vosotras decir qué lecturas os gustarían, cuántas comuniones querriais hacer y qué virtudes practicar; á vosotras hacer conocer sus resultados.

Con confianza: el alma cristiana se insinúa, pregunta, escucha. Ni reticencias calculadas ni confidencias inútiles: es una hija que habla á su padre, ó más bien, á su Dios!

Con docilidad: no discute, no trata de sacar adelante sus ideas, sus escrúpulos, sus temores de toda clase; no se queja de no ser comprendida, sino que trata de comprender ella á su turno esa sabia dirección, y obedece cual si fuera á Dios en persona, pronta, entera, gozosamente.

Ah! si hay tantas almas que no ahorran ninguna pena al pobre Sacerdote que querría morir por salvarlas, vosotros al menos, corazones valerosos, vosotros sois su consuelo, por vuestro respeto, por vuestras oraciones, por vuestra confianza, siempre tan delicada, y sobre todo, por vuestros admirables progresos!

Subid pues, Señoras! subid siempre en humildad, en oración, en caridad, en el amor

de Cristo crucificado, Ideal vivo! Terminad en vosotras su semejanza, perfeccionad esa obra maestra.

Veo ya, la hermosa figura del Cristo en vuestras almas! Cómo irradian las llamas del Corazón de Jesús, dentro del vuestro!

El artista pintor florentino, Juan Cimabué, habiendo terminado un hermoso cuadro, "la Virgen y Jesús", lo expuso delante de su habitación, según costumbre de su tiempo. Se cuenta que, al verlo, la multitud estalla en tal entusiasmo que, espontáneamente, mil brazos se levantan, arrebatan la obra maestra y, en un transporte de felicidad, la llevan triunfalmente á la iglesia de Santa María la Nueva, en medio de las aclamaciones de toda la ciudad en fiesta.

Vosotras también, Señoras, habéis terminado vuestro magnífico trabajo. Cristo vive, irradia en vosotras.... los Angeles maravillados extienden sus alas de fuego.... en un impetu de felicidad purísima llevan vuestra alma en triunfo. Héla ya en el Cielo con ellos, en medio de los cantos de alegría de la Jerusalém celestial ...

Os habéis purificado, Señoras, os habéis transformado, más aún, habéis sido útiles al servicio de Dios y de vuestros hermanos. Es éste vuestro mayor motivo de gloria.

Cuando el alma es pura, cuando ella está penetrada del espíritu del Salvador, siente una necesidad irresistible, una sed insaciable de abnegación, de buenas obras, de servicio del prójimo. Pero cómo ser útil? cómo emplear bien su vida?...bajo qué forma? El mundo tiene

desgracias y miserias infinitas. Ella querría socorrerlas todas, pero cómo; si es tan pobre!

Esta alma cree ver claro en el porvenir; á su lado, los demás no tienen esas luces y la contradicen, la persiguen constantemente; la lucha se hace intolerable.

Y cuando al fin toma una resolución suprema, cuando ese porvenir está yá comprometido, cuántas veces le parecerá que es ella inútil! Cuántas veces se preguntará ansiosa: "Qué hacer, para obrar mejor?" (*"Qué faire pour mieux faire?"*)

En estos momentos también, el valor cristiano se revela en un resplandor de claridad inesperado y profundamente hermoso: hace callar las turbaciones, los temores, las agitaciones vagas e inútiles; mira al Cielo: Qué espera Dios de mí? Esto es lo único importante.

Sabe, Señoras, que la Sabiduría Infinita ha mareado su puesto en el mundo de las almas, como el de cada estrella en el firmamento; sabe que El no le confiará ningún deber sin darle antes la gracia para cumplirlo. Y cualquiera que sea su vocación, es decir, su manera de ser útil en este mundo, ella la mira tranquilamente, la basea con generosidad, la cumple con gozo.

*La mira tranquilamente*, fijaos, Señoras, y por qué?—La vocación más hermosa, la manera mejor de hacer el bien en este mundo, es aquella que Dios nos ha escogido, es la nuestra. ¿A qué inquietarnos por si sería mejor esto ó aquello; estar aquí ó allá; trás el claustro ó en el mundo; en la vida activa ó en la contemplativa; en un hogar oscuro, en una humilde

celda ó en un brillante teatro de apostolado.  
El alma valerosa no se detiene en estas preguntas inútiles; ella desea únicamente ser útil de la manera y en la medida que Dios quiera. Y no temáis. Señoras; su confianza en la Sabiduría Divina no es fatalismo, ni su abandono á la Providencia, cobardía.

Cómo ser útil en el mundo, Señoras?

El alma cristiana lo *busca generosamente* interroga sus inclinaciones, sus aptitudes, las circunstancias en las cuales la mano divina la ha colocado. Consulta á una madre piadosa, á una amiga ilustrada, á su director. Ora, sobre todo, Señoras; ora para hacerse digna, por su fervor, de entrar en los secretos de la Providencia. Y cuando todo lo sabe, cuando ve claro, cuando es libre... oh! sin tardanza, sin pesares, sin reserva, hace el dón de su propia existencia. Estará donde Dios quiera, Señoras, y estará allí santamente alegre!

No más miradas atrás; no más inquietudes del porvenir. *Ella ama el presente bueno y querido*, tal como Dios se lo ofrece, ó se lo permite; y sólo piensa en emplearlo en una perpetua abnegación.

Es feliz su vida? Dios sea loado! ella lo glorificará por medio de su gratitud y consolando á los que lloran....

Su vida es humilde, dolorosa, complicada, una vida de sacrificios del cuerpo, del espíritu, del corazón? Bendito sea Dios! Esta alma intrépida le glorificará por medio de su valor, de su resignación, de su paz inalterable.

Es rica? Gloria á Dios! ella podrá aliviar los sufrimientos ajenos

Es pobre? Gloria al pobrísimo Jesús del Pesebre, de quien ella es semejanza!

Se siente amada, mimada, llena de consideraciones? Gracias, Dios mío, mi corazón vive tan dichoso!

Está sola en su cuartito frío, tan pequeño y tan grande á un mismo tiempo? Gracias, Señor, es tan dulce amarnos, y poder unirse á Vos en el recogimiento del alma sola!

Su salud es floreciente? Oh! cuánto gozo por poder trabajar para Dios y para las almas.

La enfermedad la visita? Cuánta dicha, sufrir por Dios y por sus hermanos!

Es joven? Tanto mejor, Señor, una larga carrera se abre ante mis ojos, para hacer mucho bien.

No! Mira que llega el día de tu triunfo! Oh! qué alegría! Conque al fin brilla el día de ir al Cielo á pedir, eternamente, por los que se quedan aquí abajo?

Y cuando pienso, Señoras, que esta alma cristiana tuvo pasiones ardientes, quizá; un carácter difícil, una imaginación y un corazón vehementes....y que sólo alcanzó la serenidad actual á fuerza de sacrificios diariamente renovados y en la negación de la propia personalidad....su valor me enternece!

Dios podía inspirarla, sostenerla; sólo El podrá recompensarla dignamente.

Véte, pues, sube al Cielo, victoriosa! sube á reinar eternamente con el Dios de los fuertes y de los valientes! Has conquistado, al precio de luchas infatigables, la belleza de Cristo. Véte á resplandecer con su brillo infinito en el firmamento de su gloria!

Ah! Señoras, qué espectáculo para el ojo humano, será el firmamento eterno de las almas.

El R. P. Didon cuenta que, estando en Corbara, fué arrebatado, una hermosísima noche de estío, por la vista del Cielo tachonado de estrellas.

“Tuve, dice, una especie de efusión torrencial de oraciones....nunca, desde que tengo conocimiento de mi vida con Dios, he experimentado semejante arrobamiento del Espíritu!”

Qué será, Dios mío, cuando contemplemos allá Arriba á todos vuestros elegidos deslumbrantes,—cada uno en su puesto, según sus méritos—de la sublime belleza de vuestro Cristo!

Qué infinito aquel, en que los espacios creados serán reemplazados por la inmensidad de vuestro Sér! Los astros, sin inteligencia y sin vida, por almas vibrantes de amor!

Y el silencio eterno que aterraba al genio de Pascal, por el hosana á vuestra gloria, de todos los corazones valerosos, triunfantes para siempre!

Ah! qué éxtasis! qué embriaguez del espíritu! Qué efusión torrencial de acciones de gracias, de himnos transportantes!

Dios mío! Dios mío! concedednos la gracia de vencer en nuestras luchas, que tan pronto terminan, para permanecer para siempre con Vos, en la embriaguez del triunfo eterno!



## QUINTA CONFERENCIA

El valor cristiano en un corazón de madre.

Victorioso en el huerto cerrado de su vida interior, el corazón valiente ve que se ensancha inmediatamente el campo de sus luchas: hay que establecer, ahora, el reino de Dios en la familia.

Hay, Señoras, un dominio reservado que pertenece de derecho á la mujer cristiana; hay un reino que se le ha adjudicado por los derechos de la naturaleza y á menudo por la fuerza de las circunstancias; hay un santuario en el cual penetra ella antes que el Sacerdote, para ofrecer el primer incienso.... este dominio reservado, este reino, este santuario, es el corazón de su hijo.

Su hijo!, ah! para él sobre todo puso Dios en su alma de madre tantas riquezas: afecto profundo, abnegación infatigable, intuición maravillosa, instinto sorprendente, dón de sufrimiento y de piedad, fuerza para sacrificarse sin tregua, y sin esperar nunca retorno. Todos estos tesoros va ella á gas-

tarlos, á consumirlos con una generosidad magnánima; en el más humilde teatro de acción, elevará el valor cristiano á las alturas más sublimes.

Sabe que sus hijos le costaron sufrimientos, lágrimas, decepciones quizás.... Qué importa! ella desea esos hijos, los pide, quiere tener un hogar numeroso.

Tiene un corazón tierno, delicado, sensible al más ligero dolor de sus hijos. Qué importa, Señoras!, esta madre sabrá enseñarles á vencerse, á luchar, á sufrir por la conquista, nó del espíritu del mundo.... nó del espíritu de sí misma....del espíritu de su Cristo adorado! y los marcará con el indeleble sello de la Cruz, porque anhela el verdadero hogar cristiano.

Y después de haber expuesto documen- tal- ces su propia vida por el hijo; cuando llega para éste la hora de pagar á su turno, nada le pide, nada le exige: "Anda, hijo mío, á donde Dios te llama; mi mayor recompensa será verte feliz en el puesto que El te destina".

Desea un hogar radiante.

Habrá, Señoras, desinterés más admirable? Y cuando uno piensa en los sacrificios que demanda un hogar así constituído.... ¿habrá valor más heroico?

Algunos pretenden que la valentía es una cualidad viril. Dónde encontrar un corazón de héroe, comparable á un corazón de madre? Oh madres cristianas! afirmaos, fortificaos hoy más que nunca en estos tiempos

y en este país en los cuales el espíritu del mundo ataca, corrompe y va á destruir la familia; ahora, cuando él quisiera imponer á vuestros corazones el deshonor de sus cálculos, de su frivolidad, de su egoísmo; dadnos, por favor:

Hogares numerosos,  
Hogares verdaderamente cristianos,  
Hogares refulgentes!

—Hogares numerosos:

“No os he comunicado el alma, ni el espíritu, decía á sus hijos la heroica madre de los Macabeos.... ésta es obra de Aquel que ha creado los mundos”.

Dios solo crea el alma del niño. “Vosotros, hijas de Eva, escribe Mgr. Gay, vosotros habéis decidido á que sobre Aquel que manda como Señor, á todo lo creado; y el acto que le habéis obligado á ejecutar es el más esencialmente divino.... acto del cual son absolutamente incapaces los Angeles y los hombres; acto de creador que saca algo de la nada.... ¿y qué saca?

—No un cuerpo terreno, por perfecto que parezca; no un cuerpo celeste como los que se mueven en el espacio y tachonan el firmamento: una sustancia excelente á cuyo lado el universo material sólo tiene el valor de un átomo de polvo; una alma espiritual, inteligente, amante, libre, activa, inmortal. Una alma formada á imagen y semejanza de su Creador, capaz de conocerle, amarle y servirle; capaz de participar aún de su naturaleza y de poseerla para siempre, viéndole

tal cual es, y gozando de su dicha esencia! El día en el cual una de vosotras pueda decir: "Soy madre" . . . Dios ha creado una alma por causa vuestra, El la ha creado por vosotras, en vosotras. Vuestro hijo viene de la tierra y del Cielo; es un beso vivo, subsistente, que participa de la tierra y del Cielo, beso que cambian el tiempo y la eternidad, el Creador y Dios!"

Hé aquí lo que ve la mujer cristiana: Dios quiere crear una alma, confiársela, hacer un nuevo nudo entre su amor de madre y su amor de Dios y, por esta alma, obrar grandes cosas en el tiempo y en la eternidad.

Con qué ardor, Señoras, pedirá al Creador, en sus fervientes súplicas, esta dignidad augusta! Con cuánta delicadeza tratará de elevar hasta esas cimas del pensamiento cristiano, la voluntad, siempre santa a sus ojos, del jefe de la familia! Y, una vez oída, qué alegría, qué estremecimientos santos de las fibras más profundas del corazón.

Todas conocéis las alegrías, las esperanzas, y las calurosas felicitaciones que rodean "la primera cuna". Son proverbiales.

Estas alegrías, estas esperanzas, el alma valiente las tendrá, fijáos bien, en la cuna del segundo, del tercero, de todos aquellos que la Providencia quiera enviarle . . . ¿No hay siempre unos mismos motivos de regocijo?

Ah Señoras! los amigos, los parientes, ya no felicitan: discuten, protestan, sonrían á veces, ó muestran aire compasivo . . . el jefe de la familia, también él, si no es profun-

damente cristiano, se torna pensativo; calcula la fortuna, ó, si es pobre, el pan que hay que compartir. Tiembla por la salud de la madre; habla de imposibilidades materiales....

La mujer valiente no es insensible á todas estas consideraciones terrenas, Señoras. Las comprende, pero las domina; se eleva hasta las regiones más sublimes de la confianza en Dios, en alas del gran soplo que la inspira. Piensa en el alma para quien podrá obtener la vida eterna; piensa en tantas causas santas, en la Iglesia y en su Salvador que reclaman legiones de defensores; piensa en su país que se queja de falta de soldados, ~~porque no tiene madres~~; piensa, sobre todo, en la gloria de Dios: qué dicha añadir algunas voces más al concierto de los Angeles y de los Santos que publicará eternamente el amor de su Salvador! Su resolución es firme: "Dios vela por nosotras, se dice, y esto basta. Acepto las molestias. Acepto nuevos sufrimientos. Acepto, si fuere voluntad de Dios, el sacrificio de mi vida...."

Holocaustos oscuros y generosos! cuán bendecidos sois de Dios.

Pobre madre, tú contabas: "Uno, dos, estos suficientes; no más, Señor!" y la muerte también supo contar "uno, dos!", descargó el golpe, y Dios lo permitió; ahora estás sola en un hogar vacío.

La madre valiente también ha tenido horas de luto, horas crueles; pero, qué dulces compensaciones: entre tanto que las almas

de sus caros hijos están en el Cielo y, unidos á los Angeles de Dios, ruegan por los hermanos de la tierra, éstos han crecido. La rodean, la consuelan, la honran con sus más delicados respetos, la sostienen con su tierna abnegación, la glorifican quizá, con el brillo de una vida virtuosa; á ejemplo suyo, padres y madres de familias numerosas yá, ellos multiplicarán al rededor de la abuela venerada, el afecto filial; ó llamados á una vocación más elevada, harán que redunden sobre ella los méritos de toda una vida de oración ó de inmolación, quién sabe? Fundarán esos hijos á su turno una familia de almas innumerables, talvez, como un San Bernardo, un San Ignacio de Loyola, un San Vicente de Paul, vástagos benditos de árboles cargados de frutos.

**UNIVERSIDAD EAFIT** Biblioteca  
Ah! cristiana valerosa! yá puedes morir; en torno del lecho de los últimos dolores tus hijos multiplican lágrimas, oraciones, ternuras conmovedoras. Mira, yá llega la muerte. . . . Así como los Angeles subieron al Cielo á su Reina adorada, así, ellos forman con sus ardientes súplicas el cortejo de esa madre ante el Dios á quien ella les enseñó á amar: es Señoras, una nueva Asunción al seno de la bienaventuranza eterna! Allá se encontrarán.

“Sus hijos se levantaron, dice la santa Escritura, del polvo de la tumba y, revestidos, gracias á ella, de gloria inmortal, la proclamaron bienaventurada”.

Triunfo sin fin, alegría inmensa, vos.

otras también seréis llamadas á compartirlo, madres valientes en el orden de la gracia; vosotras que no habéis desesperado por no haber sido escuchadas en el orden de la naturaleza; vosotras, las que no pudiendo transmitir en vuestros propios hogares la fe y los grandes dones que os llenan el corazón, habéis dicho al huérfano, al pobre, á la almita sin Dios: "Tú eres mi hijo". Ellos también se levantarán por centenares, por millares quizás, el día de la revelación de toda gloria y de todo mérito y dirán: "Mirad á nuestra madre"! Y Dios responderá: "Que así sea!" Amén! Amén!

—La gloria de una madre valiente, está primero, cuando Dios lo permite, en el gran número de sus hijos. Pero hay una segunda gloria más envidiable aún: formar verdaderos cristianos.

Gloria incomparable que no puede rechazar: Dios se la impone.

En nombre de sus derechos soberanos, primero: todo es de Dios, puesto que El lo sacó todo de la nada, pero especialmente el alma de vuestros hijos, Señoras, la cual brotó de su soplo divino.

En nombre de los derechos más sagrados aún, de la Redención: vuestro hijo era esclavo de Satanás, como toda la familia humana, El la ha rescatado al precio de su sangre.

En nombre de vuestros propios compromisos: apenas visteis el hijo en vuestros brazos, Señoras, quisisteis, era deber vuestro, que fuese bautizado.

Por todos estos títulos Dios os dice: "Haz de tu hijo un cristiano verdadero".

Qué será lo que caracteriza al verdadero cristiano? Será el agua bautismal únicamente?

—El bautismo, Señoras, es una señal que se imprime, hay que mostrarla; una gracia admirable de inocencia, hay que conservarla; un conjunto de compromisos sagrados, hay que cumplirlos; sobre todo, es un espíritu, el espíritu, el soplo mismo del Divino Salvador, hay que dejarlo que circule, que obre, que se manifieste....

¿Cuántas de vosotras, madres, habéis pensado siquiera en ésto, aun las más piadosas y mejores?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental  
Guardar pura el alma del niño, sí, todas lo quieren! Pero formarlo en el verdadero espíritu cristiano, espíritu de penitencia y de sacrificio, ¿cuántas tienen hoy día el valor de desearlo? Cuántas se acuerdan de ello siquiera?

En nuestros días, exclama Mgr. Mermillod quien conocía tan bien su siglo, en nuestros días quién piensa en edificar sobre el sacrificio? Se piensa, siquiera, en dar ese impulso, esa tendencia á la educación? Nó! hoy no hay otra preocupación que la de ahorrar las penas, el dolor. Por eso tantas jóvenes que entran al matrimonio, exclaman después de dos ó tres años de vida íntima en el hogar doméstico: "Ah! si yo hubiera sabido que el matrimonio guarda tantos dolores, nunca hubiera juntado mis manos ni inclina

do la cabeza para recibir la bendición nupcial”!

La culpa es vuestra, madres; las habéis educado con la idea de la dicha, del triunfo de dirigir y gobernar una casa, pero no con la idea del sacrificio. De esta manera habéis dejado marchitar, por decirlo así, á vuestras hijas en sus mejores años; cediendo á sus caprichos las habéis hecho naturalezas indómitas; ¿no comprendéis que vuestro deber es impulsarlas, *modelarlas*, por decirlo así, en el sacrificio, y que si no lo hacéis, llegará un día en el cual ellas se verán abrumadas, martirizadas por un sacrificio doloroso, terrible, que apenas podrán ellas sufrir, porque no fueron preparadas para esas grandes pruebas de la vida?

El alma valiente lo ha comprendido: ella forjará su hijo á su imagen. Tal cual la veis será su hijo: corazón valiente. Y qué hará, Señoras?—Oíd: empezará por desarrollar el vigor físico de su hijo: ni cuidados mimosos, ni precauciones exageradas; vida al aire libre, ejercicio, juegos fuertes, todo aquello que demanda agilidad, brega, destreza, aquello que los Anglo-sajones, tan competentes en la materia, se han atrevido á llamar: *El cristianismo muscular*.

Luégo hay que desarrollar su vigor moral: atrás las ternuras exageradas y todo ese cúmulo de menudos cuidados que afeminan el carácter; la madre cristiana sólo trata de saturarlo de virilidad. Que él sepa cuánta cobardía, indigna de una alma que se posee,

hay en esas desigualdades de humor, en esas cóleras; hay que combatir sus miedos de niño, sus terrores supersticiosos, la melancolía, los ensueños.... Ella lo enseñará á fortificarse en la franqueza, á disciplinarse en la obediencia, á gobernarse yá, dejándole la iniciativa en circunstancias difíciles..... Vedlo ya fuerte, Señoras: es un hombre, pero no es cristiano aún.

Qué será preciso para hacer de él un cristiano, en toda la acepción de la palabra? Las devocioncillas por juego, los rezos largos y fatigantes?, las ceremonias, los cantos, las luces que conmueven, deslumbran y á veces también exasperan la sensibilidad? Oh!, con cuánto cuidado tratará esta madre de precaver á su hijo contra el peligro de las prácticas exteriores, de un cristianismo sentimental!

Los países latinos no deben á éstos excesos parte de su actual decadencia? Cómo se formará, pues, un cristiano? Por medio de la instrucción religiosa? Nó, otra vez nó, si ésta no es más que, como sucede ordinariamente, un ejercicio puramente mecánico, algunas fórmulas que la memoria absorbe, como reglas de ortografía ó lecciones de geografía; es preciso dar vida á esta instrucción; es preciso hacer brotar y dejar que se desprendan consecuencias prácticas. Cuál consecuencia sobre todo?

—El sacrificio señoras, que es la gran ley, la ley fundamental del cristianismo. No pue-

de uno vivir de la vida del Cristo, sin haber, primero, renunciado á si mismo.

“Madres, dice S. Ambrosio, alimentad con vuestra leche á vuestros hijos.... amadles; pero especialmente orad por ellos.... enseñadles á que amen la Cruz de Cristo y no la vida presente !”

El espíritu de sacrificio, éste sí hará de vuestros hijos, cristianos de veras.

Os sonreís, señoras ?.... Cómo comprenderá ese niño ley tan austera ?.... Ah ! mirad la madre magnánima : no sólo le hará comprender esta ley á su pequeñuelo, sino que se la hará amar. No me creéis ? — Vedla ; oídla, cuán convincente se muestra, cómo arrebatada y conmovida á su hijito al hablarle del amor de su Jesús ! Cómo le muestra la felicidad que es amarle, á su turno, no por medio de la señal de la cruz hecha á toda prisa ; no por medio de un beso furtivo sobre el metal de un crucifijo ; sino privándose de algo para alimentarle en sus pobres ; despojándose de los defectos para revestirse de sus encantadoras virtudes ; trabajando como El, sufriendo por El, ya que tanto sufrió por nosotros.

Oíd, Señoras, con cuánta confianza habla de esa mirada luminosa que baja de allá arriba para posarse en la querida almita de su niño.

Oíd con qué perfección describe, ante un par de ojos brillantes de santo asombro, la belleza, de las recompensas eternas !

Yá le ha ofrecido, por su cuenta, el premio mejor y más hermoso, si es bien valiente

...cuál será? Un juguete vulgar, una joya de vanidad? No, qué remordimientos!: un crucifijo de oro ó de plata. Aquel que tiene esa expresión de dolor tan resignado; ése que ella misma hará que le bendigan y le enriquezcan con indulgencias para colgarlo al cuello de su hijo en alguna circunstancia memorable... sí, ese crucifijo pequeñito, regalo de la madre, él lo llevará toda la vida sobre el corazón! Allí aprenderá el sacrificio, á los pies de su Dios crucificado, al besarle, antes que á su madre, mañana y noche.

“Cuando uno mira á la realidad, decía Mgr. Dupanloup, tiene que preguntarse con espanto: Dónde están las verdaderas almas, las grandes almas de los jefes, de los padres, de las madres ~~de los hijos?~~”

He las aquí señoras. Son estas almas intrépidas que preparan el porvenir útil y la eternidad feliz imprimiendo en sus hijos el espíritu de sacrificio, único espíritu cristiano.

No niego que para esto tengan que sacrificarse ellas mismas: la educación es una tarea larga, delicada, difícil, y, sabedlo bien, la primera responsabilidad recae sobre la madre.

Dios sea loado! Así, ellas tendrán que dar á sus hijos la mejor de las lecciones: el ejemplo.

Desde el día en el cual Dios le dió el primer hijo, la madre cristiana no asistirá á las diversiones del mundo, ó las frecuentará lo menos posible: no más bailes, no más teatro, no más recepciones dispendiosas, no más veladas enervantes, no más visitas intermina-

bles; si fuere preciso, más tarde cuando sus hijas reclamen su presencia volverá al mundo; pero su alma no estará allí; todo acabó: la madre eclipsó á la mujer de sociedad.

Y si la índole del hijo es difícil, entonces hay que triunfar á fuerza de oraciones, de penitencias secretas, de violencias al Cielo!

Ah! continúa, madre heroica, no te desalientes; estás en la vía de Cristo, y llegarás.

Sí, llegarás, brillante Antusa, viuda á los veinte años en medio de los refinamientos de una corte oriental. De tu hijo, alma fogosa, ya fascinada por el esplendor de la gloria humana, harás el admirable San Juan Crisóstomo!

Sí, llegarás, Mónica incomparable: el hijo de tus lágrimas, antes tan duro y tan ingrato, se tornará en el tierno, el inmortal San Agustín!

Sí, llegarás bienaventurada Arleta: el caballero amable y atrayente que debía ser en el mundo tu ilustre hijo, se transformará, gracias á tus ayunos, á tus vigiliass y obras de caridad, en un gran monje, el precursor y padre del siglo XIII: el incomparable San Bernardo!

Cómo no hablar también de ti!, piadosa Teresa, madre de San Juan de Dios? Ese pobre hijo tuyo te abandona en un momento de locura, su fuga precipita tu muerte. Mirale luego arrodillado sobre tu huesa... ¿en qué piensa al levantarse de allí? Ah!, piensa únicamente en expiar su falta con una vida de santidad ¡y eso era lo que tú habías soñado para él!

Y tú, Juana de Aragón, madre de San Francisco de Borja, tú que recibías dos pobres á la mesa una vez al mes, y habías enseñado á tu hijo á que les sirviese, con la cabeza descubierta, "en honor de Aquel cuyos miembros son los pobres!"

Y tú, Doña Beatriz, madre de Santa Teresa, cuyo panegírico hace tu propia hija en estas líneas: "El cuidado con que me hacía mi madre orar, y la devoción que supo inspirarme á Nuestra Señora y á los Santos, prendió en mi alma las primeras chispas de piedad cuando yo tenía, creo, de seis á siete años."

Y tú, tú también, austera y caritativa Margarita de Médicis, madre de San Carlos Borromeo, que tanto amaste el retiro y que decías, aludiendo á las limosnas que hacías en unión de tu marido: "Yo velo mucho por mis pobres, Dios velará por mis hijos." Sí, El les transmitió tus excelsas virtudes.

Y tú, Ana María Mossari, que cuando veías á tu hijo que lloraba, le ponías en las manecitas un crucifijo, diciéndole: "Mira hijo mío, cuánto sufrió Jesús:" Sabes el Santo á quien formabas en esta escuela? —Al futuro fundador de los Pasionistas, á San Pablo de la Cruz!

Y tú, madre de San Francisco de Sales, que tuviste la dicha de ver á tu hijo apóstol del Chablais, obispo santo, fundador de una orden! Tú, madre de San Luis Gonzaga, que tuviste el honor y el privilegio de venerar á tu hijo angélico sobre el altar, elevado á la altura de los mayores Santos; y esto.... con tus propios ojos!....

Ah ! señoras, tenemos que subir más alto todavía. “Señor, decía la madre de los hijos del Zebedeo, al presentárselos á Jesús, ordenad que, en vuestro reino, mis dos hijos se sienten uno á vuestra diestra y el otro á la izquierda”. Esta es la meta de toda alma de madre valiente: sus hijos, por toda la eternidad, en la bienaventuranza de la gloria de Dios.

Allí también llegaréis, señoras !

Los veréis un día radiantes de belleza divina ; felices con dicha infinita ; los reflejos de su gloria aumentarán el brillo de vuestra aureola ; las delicias en que rebosa su corazón harán desbordar el vuestro ya colmado de indecibles alegrías. . . . Oh triunfo ! Oh beatitud ! Mirad cómo se une; los corazones de las madres con los corazones de los hijos en el rapto de un mismo amor y con unos mismos estremecimientos de felicidad eterna !

Pero no . . . no habéis llegado aún. Os falta el último sacrificio que Dios os pide . . . y el más difícil . . .

Yá habéis educado á vuestros hijos ; yá los habéis hecho cristianos . . . ahora, señoras . . . hay que sacrificarlos ! Ley extraña !, todo converge al sacrificio: mientras más os hayáis esforzado en inculcar en vuestro hijo la fe, la caridad, esas virtudes vuestras por excelencia y las cuales conserváis vivas, más imperiosamente sentiréis la necesidad de llegar á esta conclusión inevitable que tanto valor entraña : “Ahora, tenemos que separarnos . . . mi hijo será de otra !”

El mismo Dios os da el ejemplo, señoras. Puso El la plenitud de su amor y de sus per

fecciones en el Verbo; luego dijo: "Lo doy la mundo."

A quién tendréis que dar ese hijo, esa hija? — A otra alma que esté también revestida de grandeza divina, ó al soberano Dueño de todo.

Vocación al santo estado del matrimonio, vocación al sacerdocio ó á la vida religiosa, una y otra tienen, señoras, su lado sublime.

Quién decidirá? — Dios!

La primera superioridad del corazón valiente se prueba en esta circunstancia decisiva: no escucha ni el cálculo del interés, ni la voz del afecto, ni el grito de la carne y de la sangre, ni mucho menos, las prerrogativas del mundo; sólo busca la voluntad de Dios.

Para conocerla estudiará la mujer cristiana las aficciones, las aptitudes del hijo; lo probará, si fuere preciso, con algún tiempo de expectativa, por temor de su ternura, que no la deja ser imparcial, la madre cristiana se pondrá en manos del director sabio y prudente á quien ha confiado, hace largo tiempo el alma de su hijo.

Si el hijo debe entrar al mundo, la madre cristiana recurrirá á todos los medios para asegurarle... qué Señoras? La fortuna acaso?, las relaciones?, el atractivo de un carácter agradable?, el bienestar de este mundo? No por cierto: son éstos elementos de felicidad, sin duda; pero elementos de segundo orden para una mujer cristiana. Ante todo, al elegir una carrera ó un hogar para sus hijos, pensa-

rá ella en las garantías que exige su salvación ó sea "*lo único necesario*". Otras consideraciones pudieran sacrificarse, ésta, nunca! Feliz madre! ha buscado primero que todo el reino de Dios, *lo demás se le dará por añadidura*. Son palabras de su Dios, y El nunca engaña.

Yá está consumado el sacrificio: ha dado su hijo. Qué más tendrá que hacer la mujer valerosa?

Oíd, Señoras, cuál es el segundo carácter de la superioridad: no tratará la madre cristiana de reconquistar sus derechos sobre el hijo.

Es él quien acaba de ingresar en la vida conyugal, ó es acaso la hija?

Foca a la madre cristiana hacer callar sus propias inquietudes ~~dictadas por el afecto.~~ Nunca será celosa, ni quisquillosa, ni indiscreta; se debe toda entera á la felicidad de esos hijos. Es un consejo vivo, un apoyo, un consuelo; pero nunca será un tropiezo. Mientras mayor sea su influencia menos la ejercerá; mientras más se la ame, menos tratará de dominar en este pequeño imperio. Una madre así, cómo se venera, con cuánta emoción se nombra, qué eterno será el culto en el corazón de los hijos!

Si Dios les ha hecho el honor de llamarlos á las sublimidades del Sacerdocio ó de la vida religiosa, cuánto mayores serán la delicadeza y el tino de la madre cristiana! Empieza por dar infinitas gracias á Dios por la bendición que concede al hijo y, por lo tanto, á la familia entera; goza con el fervor de su hijo,

como si esos méritos fuesen propiamente suyos, en lugar de mostrarse sombría ó recelosa; agradece al Sacerdote, á los directores, á los superiores religiosos que hayan abierto los horizontes de la abnegación ante una alma que le es tan amada; ruega al Cielo para que ese valor heroico, lejos de atenuarse, brote cada día con nuevo ímpetu y crezca hasta coronar el fin. La madre es el ángel visible que sostiene al hijo, Señoras.

“Adelante, hijo mío, en la oblación de ti mismo! sé el primero en las filas de la abnegación! Qué importa que vivas poco tiempo, si ya has vivido demasiado por el ejemplo que das. ¡Aléjate de tu Salvador é imítale!”

También se une á los sacrificios del hijo. Cómo no, Señoras! si ella compartirá un día su misma gloria en el Cielo, como la Virgen Santísima comparte los triunfos del Divino Redentor porque estuvo al lado de la Cruz y sufrió allí los mismos espantosos tormentos. . . .

Yá, Señoras, terminó vuestra misión; habéis dejado sobre la tierra una obra viva, inmortal: un hogar numeroso, un hogar cristiano, un hogar refulgente! ¿Quién podrá pintar los resplandores de este hogar á través de las generaciones y en la eternidad?

Elevad, pues, hoy más que nunca, vuestros pensamientos, oh madres que me escucháis; decid todas en concierto: Tendremos el corazón valiente!

Recordad, sobre todo, el sublime ejemplo que os dió la madre de San Bernardo, la bienaventurada Arleta: había ella notado en su hijo

Bernardo una vocación religiosa extraordinaria; con qué cuidado celoso lo preparaba á esa gracia, cuando; oh dolor! el hijo vacila entre el apostolado religioso y la influencia social que espera ejercer en la corte . . . . la madre redobla oraciones, austeridades, limosnas, las cuales distribuye con su propia mano en los arrabales de Dijón; el hijo no está decidido aún. Muere la Santa mujer antes de que él haya respondido al llamamiento divino ¡ahora sí que se hará el sordo y se dará al mundo! Pero . . . . de repente, una noche, la madre se le aparece . . . . “esos ojos tan dulces y que redoblaron su ternura en el lecho de muerte, le miran, le miran suavemente . . . . y dejan entrever un fondo de tristeza, entre los rayos de su claridad celestial” . . . .

El amado fantasma se deja ver una, dos, varias veces . . . . el joven no resiste: se transforma en San Bernardo! A su turno arrastra á sus hermanos; uno de ellos también resistía á la obra de la gracia, cuando un día llega todo emocionado al Monasterio, exclamando: “*Vidi matrem!*, he visto á mi madre!” Otra conquista, otro ferviente religioso.

El menor de los hijos de Arleta se quedaba, pues, solo en el mundo. Guy, el mayor, lo toma en sus brazos al tiempo de partir, lo besa y le dice: “Hermanito, este castillo, estas tierras, todo esto es ya únicamente tuyo”. El niño le mira y le replica con gravedad: “Ah! conque os lleváis vosotros el Cielo y me dejáis la tierra? . . . . la partición no es justa”.

Brilla el día, Señoras, en el cual todos los

hermanos y las hermanas de Bernardo se inmolan con él, sobre el altar de la vida religiosa, en el fuego de la más perfecta caridad.

Oh! corazón de madre de donde brotó semejante llama! bendito seas; y benditas también todas las almas intrépidas de mujeres cristianas que están en el Cielo con la Santísima Virgen María, la Madre valerosa por excelencia!

Rogad por nosotros!, rogad por la Santa Iglesia! rogad por Francia, á fin de que Dios suscite en ella verdaderos corazones de madre, ahora, cuando tenemos tanta necesidad de Santos que nos salven!

**UNIVERSIDAD  
EAFIT**

Biblioteca  
Sala de Patrimonio Documental

**SALA DE PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**  
Centro Cultural Biblioteca  
Luis Echavarría Villegas

**BIBLIOTECA**  
Universidad EAFIT



100131288

**FAES**

**UNIVERSIDAD**  
**EAFIT**<sup>®</sup>

**Biblioteca**  
Sala de Patrimonio Documental

**UNIVERSIDAD**  
**EAFIT**<sup>®</sup>

Biblioteca  
Sala de Patrimonio Documental